

95211

Nov. 21/8

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

DEUDAS DE LA HONRA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

SEGUNDA EDICION.



752

MADRID:
IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.

L47 - 5511

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...

Amor de antaño...

Abelardo y Elvira.

Abnegacion y nobleza.

Angela.

Afectos de odio y amor.

Arcanos del alma.

Amar despues de la muerte.

Al mejor cazador...

Aclaque quieren las cosas.

Amor es sueño.

A caza de cuervos.

A caza de herencias.

Amor, poder y pelucas.

Amar por senas.

A falta de pan...

Articulo por artificio.

Aventuras imperiales.

Bonito viaje.

Boadicea, *druma heroico*.

Batalla de reinas.

Berta la flamenca.

Barómetro conyugal.

Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.

Cañizares y Guevara.

Cosas suyas.

Calamidades.

Como dos gotas de agua.

Cuatro agravios y ninguno.

Como se empena un marido!

Con razon y sin razon.

Como se rompen palabras.

Conspirar con buena suerte.

Chismes, parientes y amigos.

Con el diablo á cuchilladas.

Costumbres politicas.

Contrastes.

Catilina.

Carlos IX y los Hugonotes.

Carniolí.

Dos sobrinos contra un tío.

D. Primo Segundo y Quinto.

Dendas de la conciencia.

Don Sancho el Bravo.

Don Bernardo de Cabrera.

Los artistas.

Diana de San Roman.

D. Tomás.

De audaces es la fortuna.

De hijos sin padre.

Donde menos se piensa...

El amor y la moda.

¡Está loca!

En mangas de camisa.

El que no cee... resbala.

El niño perdido.

El querer y el rascar...

El hombre negro.

El fin de la novela.

El filántropo.

El hijo de tres padres.

El último vals de Weber.

El bongo y el mirinaque.

¡Es una malva!

Echar por el stajo.

El clavo de los maridos.

El onenco no estorbar.

El anillo del Rey.

El caballero feudal.

¡Es un angel!

El 5 de agosto.

El escondido y la tapada.

El licenciado Vidriera.

¡En crisis!

El Justicia de Aragon.

El Monarca y el Judío.

El rico y el pobre.

El beso de Judas.

El alma del Rey Garcia.

El afán de tener novio.

El juicio público.

El sitio de Sebastopol.

El todo por el todo.

El gitano, ó el hijo de las Alpu-

Jarras.

El que las da las toma.

El camino de presidio.

El honor y el dinero.

El payaso.

Este cuarto se alquila.

Esposa y mártir.

El pan de cada día.

El mestizo.

El diablo en Amberes.

El ciego.

El protegido de las nubes.

El marques y el marquésito.

El reloj de San Plácido.

El bello ideal.

El castigo de una falta.

El estandarte español a las costas

africanas.

El conde de Montecristo.

Elena, ó hermana y rival.

Esperanza.

El grilo de la conciencia.

¡El autor! ¡El autor!

El enemigo en casa.

Furor parlamentario.

Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el

ahijado de todo el mundo.

Genio y figura.

Historia china.

Hacer cuenta sin la huésped.

Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcón.

Indicios vehementes.

Isabel de Medicis.

Ilusiones de la vida.

Imperfecciones.

Jaime el Barbudo

Juan sin Tierra

Juan sin Pena.

Jorge el artesano

Juan Diente.

Los nerviosos.

Los amantes de Chinchón.

Lo mejor de los dados...

Los dos sargentos españoles.

Los dos inseparables.

La pesadilla de un casero.

La hija del rey René.

Los extremos.

Los dedos huéspedes.

Los exstias.

La posdata de una carta.

La mosquita muerta.

La hidrofobia.

La cuenta del zapatero.

Los quid pro quos.

La Torre de Londres.

Los amantes de Teruel.

La verdad en el espejo.

La banda de la Condesa.

La esposa de Sancho el Bravo.

La boda de Quevedo.

La Creacion y el Diluvio.

La gloria del arte.

La Gitana de Madrid.

La Madre de San Fernando.

Las flores de Don Juan.

Las apariencias.

Las gúeeras civiles.

Lecciones de amor.

Los maridos.

La lápida mortuoria.

La bolsa y el bolsillo.

La libertad de Florencia.

La Archiduguesita.

La escuela de los perdidos

La escala del poder.

Las cuatro estaciones.

La Providencia.

Los tres banqueros.

Las huérfanas de la Carid d

La niña Iris.

La dicha en el bien ajeno.

La mujer del pueblo.

Las bodas de Camacho.

La cruz del misterio.

Los pobres de Madrid.

La planta exótica.

Las mujeres.

La union en Africa.

Las dos Reinas.

La piedra filosofal.

La corona de Castilla (alegoria

La calle de la Montera.

Los pecados de los padres.

Los infieles.

Los moros del Riff.

La segunda cenicienta

La peor cuña.

La choza del almadrero.

Los patriotas.

Los lazos del vicio.

Los molinos de viento.

La agenda de Correlargo.

La cruz de oro.

La caja del regimiento.

Las sisas de mi mujer.

Llueven hijos.

Las dos madres.

Mi mamá.

Mal de ojo.

Mi oso y mi sobrina.

Martin Zurbano.

DEUDAS DE LA HONRA.

DE LAS CARTAS HONRA DE 1875

DEUDAS DE LA HONRA.

SEGUNDA EDICION

Shilling

IMPRESION EN EL ESTABLECIMIENTO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID
1875

DEBES DE LA HONRA.

55-6a

DEUDAS DE LA HONRA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Representado por primera vez en el teatro de Lope de Vega el
dia 17 de Enero de 1863.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 13.

1864.

PERSONAS.

ACTORES.

ANA.....	Doña TEODORA LAMADRID.
PETRA.....	Doña AMALIA LOSADA.
DON ANDRÉS.....	D. JOAQUIN ARJONA.
JUAN.....	D. MANUEL OSSORIO.
FELIPE.....	D. JOSÉ ORTIZ.

Impresión por primera vez en el teatro de la Vía de los Reyes el 17 de Enero de 1888.

La escena es contemporánea. El primer acto pasa en Pozuelo de Aravaca, primera estación del ferrocarril del Norte: el segundo y tercero en Madrid y en casa de D. Andrés.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Alonso Guillón, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lirica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos.

El editor se reserva el derecho de traducción.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL DISTINGUIDO ACTOR

DON MANUEL OSSORIO.

ACTO PRIMERO.

Escogiste mi primera obra dramática de alguna importancia para tu reaparicion en la escena madrileña, y puede decirse, por lo tanto, que nos hemos estrenado el mismo dia y que juntos hemos sufrido las emociones del juicio público, afortunadamente favorable para ambos en esta ocasion.

Á tí, pues, te dedico este drama, como recuerdo de las inquietudes que hemos pasado unidos.

Antes de concluir permítame que rinda un merecido tributo de agradecimiento á los actores que le habeis representado. Á todos vosotros debo la mayor parte de mi triunfo, y seria injusto si asi no lo consignase, debiendo hacer especial mencion del eminente actor D. Joaquin Arjona, cuya acertada direccion y maestria han dado á mi pobre obra mas valor del que realmente tiene.

TU BUEN AMIGO,

El Autor.

DON MANUEL OSSORIO

Facilito mi primera obra dramática de alguna importancia para la repatriación en la escuela madrileña, y puede decirse, por lo tanto, que nos hemos estudiado el mismo día y que juntos hemos sufrido las emociones del juicio público, alotramentamente favorable para ambos en esta ocasión.

A ti, pues, te dedico esta ficción, como acuerdo de las impudencias que hemos pasado unidos.

Antes de concluir permítame que rinda un merecido tributo de agradecimiento a los señores que te hacen representante. A todos vosotros debo la mayor parte de mi triunfo, y sería injusto si así no lo consignase, debiendo hacer especial mención del eminente actor D. Joaquín Arjona, cuya acertada dirección y maestría han dado a mi pobre obra más valor del que realmente tiene.

TE RUEGA AMIGO

87

ACTO PRIMERO.

Habitacion de pueblo amueblada modestamente, pero con gusto. Dos puertas laterales y una en el fondo. Á la derecha un velador con tapete.

ESCENA PRIMERA.

ANA, junto al velador, llorando. PETRA consolándola.

PETRA. Está bien... ¡siempre llorando!
¡siempre silenciosa y triste!
No llegará usted á vieja
si de esa manera sigue.
¡Ay, señorita! Es preciso
que esas penas se disipen.
¡Vamos! Tenga usted mas alma,
mas valor...

ANA. Ya no es posible.
Pasaron aquellos días,
cuanto rápidos, felices,
de doradas ilusiones
y de sueños juveniles:
sufrir y llorar me toca
nada mas... Dios no permite
que en el corazon culpable
la felicidad anide.
Es mi propio pensamiento
quien me atormenta y persigue;

- es mi falta... ¡Ay, Petra mía!
nunca tu deber olvides,
¡nunca!... lo que pasa el alma
es espantoso, es horrible.
- PETRA. ¡Calle usted! Cuando procuro
que se divierta y anime,
me dice usted una cosas...
que... ¡Vaya!... si es tan difícil
no llorar...
- ANA. ¡Ya ves! No viene...
Me abandona sin oirme.
Y hace bien: lo he merecido.
¡Es justo que me resigne!
- PETRA. ¡Eso no! Pues no faltaba
más!... No tiene don Felipe
tan mal corazón, ni es hombre
de pensamientos tan ruines.
- ANA. ¡Un mes sin venir!...
- PETRA. ¿Quién sabe,
señora, si se lo impiden
sus negocios?...
- ANA. ¿Y tampoco
puedé el ingrato escribirme?
¡No vendrá!...
- PETRA. ¡Fuera un malvado!
- ANA. ¡No vendrá!... Si me lo dice
el alma.—Si me desprecia,
si no puede ser que inspire
otro sentimiento en él
y en cuantos sepan mi crimen.
Si soy una miserable!...
- PETRA. ¡Tan hondo pesar affige!
- ANA. Manchar las canas de un padre,
todo amor, amor sublime
para su hija, que en ella
confía y en ella vive.
Y en vez de ser el apoyo
de su vejez apacible,
ser el puñal que le hiera,
la vergüenza que le abisme...
Esto es infame... ¡Es infame!
- PETRA. No digo...

- ANA. Nada repliques.
Y no es el amor disculpa
para tan graves deslices.
Si la pasion se apodera
de un corazon noble y firme,
si la suerte le es contraria,
si culto á su fama rinde,
en silencio se consume,
y muere... ¡pero resiste!
- PETRA. ¡Usted se juzga con mucha
severidad.....
- ANA. ¿No concibes
mi dolor y mi sonrojo?
Cuando ese anciano me oprime
en sus cariñosos brazos;
cada vez que se dirige
á mí, temo que conozca
su desgracia....
- PETRA. ¡Dios nos libre!
Si supiera...
- ANA. Ya es preciso
que lo sepa.... y me castigue.
- PETRA. ¡Señorita! (Asustada.)
- ANA. Si el ingrato, (Con resolucion.)
de mis desdichas origen,
despues de mi última carta
no se presenta ni escribe,
y faltando á sus promesas
de sus deberes prescinde,
yo cumpliré con el mio
siquiera una vez.... Lo exige
mi honor....
- PETRA. Si, y el pobre viejo
se moriria....
- ANA. ¡El morirse!
¡Es verdad! Mira si hay causa
para que yo me horrorice.
Bien; me encerraré en un claustro;
vestiré el sayal humilde;
yo que cometí la falta
sufriré sola.... ¡Imposible!
¡Y ese ángel abandonado!....

PETRA. Ya vé usted que don Felipe
le quiere con toda el alma,
y que ese amor no se finge!...

ANA. ¡Oh! ¿Quién sabe? Si se niega...
(Con amargura.)

¡será su suerte terrible!

PETRA. Verdad es que el inocente...

¡y tan hermoso!...

ANA. ¿Le viste (Con ansiedad.)
esta mañana?

PETRA. ¡Pues claro!

Aunque diluvie y granice

no dejo de verle... ¡vaya!

Y el pequeñuelo se rie

que es un contento!....

ANA. Mas tarde

le veré...

(Observando un ligero movimiento de disgusto en
Petra.)

Si lo permites.

PETRA. Yo... ¡la verdad! Me incomoda
que vaya usted...

ANA. No me prives

de este placer; por él solo

este año á Pozuelo vine.

Por el gozo de mirarle,

por el encanto de oírle,

tú sabes cuántos esfuerzos,

cuántos sacrificios hice.

Solo cediendo á mis ruegos

pudo papá decidirse

á pasar aqui el verano!...

PETRA. ¡Quiera Dios que no averigüe!...

ANA. ¿Tanto temes?

PETRA. Si, señora.

El amo no es ningún lince.

Cierto. Pero usted tampoco

como es justo se reprime.

Aqui tiene usted amigos;

don Juan, que há un año reside

en el pueblo... En fin, no sé,

mas como el adagio dice,

quiera Dios que de la manta
el diablo... ó usted no tiren!

ANA. ¿Yo?

PETRA. Si, señora: es prudente
que sus afectos domine;
que tenga usted dísimulo!...

ANA. Bien; yo haré cuanto me indiques;
pero le veré, ¿no es cierto?

PETRA. ¡Chist!... Don Juan.. Que no malicie...
(Mirando hácia la puerta del fondo.)

ESCENA II.

DICHAS, D. JUAN.

JUAN. Ana, perdóneme usted
si vengo á verla temprano.

Mil veces seré molesto!...

ANA. Señor don Juan, al contrario.

Papá le quiere á usted mucho
y fuera usted un ingrato

si no honrase nuestra casa.

JUAN. Yo soy, señora, el honrado.

¡Ofrece un pueblo tan pocas
distracciones!...

ANA. Pues yo paso
muy bien la vida...

JUAN. Es que usted
todo lo alegra...

ANA. No tanto.

JUAN. Si llevara usted aquí,

como yo, cerca de un año,

¡un año! sin mas amigos

que el cura y el boticario,

muy buenos sujetos; pero

siempre los mismos, acaso

hablase usted de otro modo.

ANA. Pues yo gozo con el trato

de estas gentes...

JUAN. Eso puede

durar tres meses ó cuatro.

Después es insoportable!...

- Yo soy voto...
ANA. ¡Vamos, vamos!
Ya veo que son ustedes
mas que nosotras, esclavos
de la vida cortesana.
¡Si viera usted qué trabajo
me costó hacer que viniera
papá!... ¡rarezas! Distando
este pueblo de la córte,
como sabe usted, dos pasos,
y habiendo ferrocarril.
JUAN. Eso es verdad; pero aplaudo
su oposicion...
ANA. ¡Muchas gracias! (Con ironia.)
JUAN. Aunque me hubiera privado
del gusto de ver á ustedes.
ANA. ¡Ya es tarde!—Pero es extraño
que siendo tan poco amigo
de este apacible descanso,
pase usted meses y meses
en un pueblo vegetando.
JUAN. Eso se explica sin grande
dificultad...
ANA. Pues no alcanzo...
JUAN. Yo soy algo perezoso,
soy modesto y digo que *algo*
nada mas.—Y entre el bullicio,
las tertulias, los teatros
de la córte, las visitas
de fulano y de mengano,
las citas con el amigo,
el paseo, los encargos...
En fin entre aquel mareo
incesante y siempre vário,
se me vá el tiempo, lo mismo
que se vá el agua de un vaso
roto.—Yo soy pobre y vengo
á desquitar trabajando,
todo el tiempo que en mis ocios
y en mis placeres malgasto.
Á usted le diré un secreto
que con mucho empeño guardo.

- ANA. ¡Gracias!
JUAN. Ni papá lo sabe...
aunque ya me ha preguntado
varias veces...
- ANA. Pues entonces...
JUAN. Con usted quiero ser franco.
Escribo un drama...
- ANA. Y por cierto
que será tan cortésano
como usted...
- JUAN. ¡Siempre ingeniosa!
ANA. ¿Y se titula?...
JUAN. *Un mal paso.*
ANA. (Alarmada á Petra.)
¡Dios mio! habrá conocido...
PETRA. No tema usted... (Á Ana.)
JUAN. Hoy acabo
el acto segundo...
- ANA. ¡Ay, Petra! (Respirando.)
qué cobarde es el pecado!
JUAN. En cuanto escriba el tercero
hago mi maleta, y parto
á la córte...
- ANA. No lo dudo.
Habrá quien esté esperando
con impaciencia...
- JUAN. ¡Y con mucha!
¡Mi pobre madre, á quien amo
como al ángel de mi guarda!
¿Nadie mas?
- ANA. Nadie.
JUAN. Sí es raro...
ANA. ¿Y quién mejor? Es tan buena...
JUAN. El amor que la consagro
es el conjunto de todos
mis sentimientos mas caros...
No he conocido á mi padre,
no tengo parientes... ¿Hago
mal en querer como quiero
á quien fué solo mi amparo?
- ANA. ¡Ah! ¡Dichoso usted que puede
estrecharla entre sus brazos! (Conmovida.)

JUAN. Há tiempo está delicada,
y me temo algun fracaso
el mejor dia... Padece
del corazon...

ANA. Pues cuidado... (Con aliecion.)

JUAN. ¿Llora usted?...

ANA. Si, por la mia!...

¡Una madre vale tanto!...

¡Qué de pesares evita,

qué de lágrimas y engaños!

ESCENA III.

DICHOS, D. ANDRÉS.

ANDRES. ¡Tanto bueno en casa?

JUAN. (Saliendo á su encuentro) ¡Amigo
don Andrés!...

ANDRES. ¡Venga esa mano! (Con afecto.)

(Tiembla... y ella está llorosa... (Con recelo.)

¿Se querrán esos muchachos?

Tanto empeño en venir...) ¡Vaya!

¿y qué estaba usted contando

á mi Anita?... (Es sospechoso

silencio tan obstinado.)

JUAN. Hablábamos del cariño

maternal...

ANDRES. ¡Eso es muy santo,

muy bueno!... (Será prudente

que los observe despacio.)

¡Ah! tengo que dar á ustedes

una noticia.

ANA. Sepamos. (Levantándose.)

¿Qué sucede?

ANDRES. Esta mañana

en la plaza he tropezado

con un conocido antiguo.

¿Á ver si aciertas...

ANA. No caigo...

ANDRES. Con Felipe.

ANA. (Y le culpaba!)

(Con gozo mal reprimido.)

- PETRA. ¿Lo vé usted? (Á Ana.)
ANA. ¡Estoy temblando! (Á Petra.)
- ANDRES. Aunque vá de caza al monte,
antes vendrá á visitarnos.
Háme dado su palabra.
No tardará!...
- JUAN. Pues me aguardo.
Antes venia con mucha
frecuencia!...
- ANDRES. Se habrá cansado
de cazar!...
- JUAN. Quizá en la córte.
(Con ironia, en voz baja.)
tenga caza más á mano!...
- ANDRES. Murmurador!
- ANA. ¡Yo no puedo (Á Petra.)
mas!...
- ANDRES. Es un chico muy guapo;
le conocí niño en Burgos,
donde fuimos magistrados
su padre y yo!.. Ah! qué memoria
la mia. Me ha preguntado
por usted con mucho ahinco.
Le quiere á usted bien!...
- JUAN. Yo pago
tanta amistad!...
- ANDRES. Con afecto
mas que de amigo, de hermano,
quiso conocer la vida
que trae usted en el campo;
si nos acompaña mucho,
si se distrae!...
- ANA. Petra, vamos,
(Á Petra, alterada.)
no sorprendan mi alegría.
- ANDRES. ¿Adónde vas?
- ANA. Pronto salgo.

ESCENA IV.

D. ANDRÉS, D. JUAN.

JUAN. ¿Qué tal, señor don Andrés?
No es agradable la vida
de pueblo?

ANDRES. Si es divertida;
pero no tiene interés
para mí... ¡Yo me fastidio!
¡Quién demonios lo desea?
Será la paz de la aldea
muy buena, mas no la envidio.

JUAN. ¿La paz de aquí? ¡Vaya al diablo!
Se la doy á usted de balde.
Sobre si ha de ser alcalde
Juan ó Pedro, ó Luis ó Pablo;
sobre si el hijo de Anton
hace guiños á Colasa,
el año entero se pasa
en plena revolucion.
Todos temen, todos dudan,
no hay nadie que los entienda:
un dia van de merienda
y al otro no se saludan.
No hay hermano para hermano,
no hay amigo para amigo;
por un puñado de trigo
dan que hacer al escribano.
Hay sentimientos mas buenos
en la córte; allí quizás
los hombres se quieren mas
porque se conocen menos.

ANDRES. Pero usted se encuentra bien...

JUAN. ¿Qué quiere usted? Ya soy ducho;
no intrigo, miro y escucho,
y á todo contesto *amen*.

ANDRES. Nada hay aqui que me importel..
Á la verdad, es extraño
que se pase usted un año
alejado de la córte.

¿Hay por medio algun amor
misterioso y escondido?
¡Claro! todos hemos sido
calaveras...

JUAN. Si, señor. (Con ingénua ironía.)

ANDRES. ¡Hola! ¿Con que dñ en el quid?
Lo sospeché... (¡Tal vez Ana!...)

JUAN. La verdad; amo.

ANDRES. (Mañana
vuelvo con ella á Madrid.)
¿No será un vano capricho?)

JUAN. Es una pasion sincera
y casta...

ANDRES. De esa manera...
(Como libre de un peso.)
(¡Pero si nada me ha dicho!)

JUAN. Un amor digno de mí,
libre de impureza y dolo...

ANDRES. Hay seres á quienes solo (Con dignidad.)
se puede querer asi. (Reprimiéndose.)

Ya el lance peca en historia.
No es raro que me interese.

JUAN. ¡Vamos! ¿y qué amor es ese?...
Es... el amor á la gloria.

ANDRES. Do quiera la busco... (Con franca alegría.)
(Recelosamente.) ¡Ya!

JUAN. Pero engaña mi deseo.
Cuando mas cerca la veo,
de mí mas lejos está.

ANDRES. Se queja usted de la dama
sin razon... (Dominándose.)

JUAN. Soy justo...

ANDRES. Llena
está la española escena
de su nombre y de su fama.
Tiene usted reputacion,
la gloria le corresponde...
¿Y solo ese amor esconde
dentro de su corazon?
Me parece extraordinario...

JUAN. Si otro amor vivir me hiciera
en un pueblo, ese amor fuera!

- ANDRES. un amor... *penitenciario.*
(Mucho llevo en que pensar...)
Tal vez peco de indiscreto.
Guárdese usted su secreto
y pelillos á la mar.
- JUAN. ¿Secretos? No los tendria
para usted.
- ANDRES. ¿Y qué se miente
(Variando de conversacion.)
por la villa?
- JUAN. Francamente,
no lo sé.
- ANDRES. ¿Quién lo diria? (En tono de duda.)
- JUAN. No tengo ningun afan
por saberlo, y si consigo
que no se metan conmigo...

ESCENA V.

DICHOS, FELIPE, con traje de caza.

- FELIPE. Señores... (Entrando.)
- JUAN. ¡Felipe! (Corriendo hácia él.)
- FELIPE. ¡Juan! (Abrazándole.)
- JUAN. Me alegro de verte...
- FELIPE. (Con duda.) ¿Si?
- JUAN. ¡Cómo te vendes tan caro!...
- FELIPE. (Cuantas veces vengo... Es raro
que siempre le encuentre aqui!)
- JUAN. Hace lo menos un mes
que no te veo...
- ELIPE. ¿Qué quieres?
Cuando uno tiene deberes
que cumplir...
- JUAN. ¡Si, verdad es!
(Embromándole.)
- FELIPE. Falta el tiempo...
- JUAN. Lo imagino.
(En el mismo tono.)
Sé que estarás ocupado
en ir por la tarde al Prado
y por la noche al Casino.

- Si no te da alguna cita
Antonia, Ricarda ó Pepa.
- FELIPE. (¿Tendrá empeño que se sepa
(Con prevencion.)
mi mala cabeza?...) ¡Quita!...
- ANDRES. No le juzgo tan escaso
de juicio!...
- FELIPE. Son bromas. ¿Y Ana?
- ANDRES. Adentro está con su hermana
de leche!...
- FELIPE. ¿Con Petra acaso?
- ANDRES. Y quizás en sus labores!...
- ANDRES. Saldrá pronto.
- FELIPE. Esperaremos.
- JUAN. Pero luego almorzaremos
juntos, ¿eh?
- FELIPE. Con mil amores!
Si bien la caza!... (Dudando.)
- JUAN. Eso dices?
Ten calma: despues irás.
Que vivan media hora mas
por mi cuenta las perdices.
- FELIPE. Bien. (Veré si me equivoco;
porque al cabo Ana es hermosa,
él atrevido... La cosa
vá disgustándome un poco.)
- ANDRES. Si ustedes quieren honrar
mi mesa!...
- FELIPE. Fuera un ultraje
á la niña. En este traje!...
- ANDRES. No importa.
- FELIPE. ¿No ha de importar?
- ANDRES. ¡Paciencia! será otra vez...
Don Juan se me ha anticipado...
- JUAN. (Interrompiéndole.)
Perdone usted: le he pescado
y me pertenece el pez.
No le suelto!...
- ANDRES. Ni yo insisto.
- JUAN. Quedarte un momento puedes. (Á Felipe.)
Pues mientras charlan ustedes
voy á ver si tienen listo

el almuerzo... Aquí no pasa
como en Madrid.

FELIPE. No repares..

JUAN. Será almuerzo de escolares.

FELIPE. ¿Que mas da?

JUAN.

Te espero en casa.
Ya sabes: á la salida

de... Mas no será preciso.

Si usted me da su permiso. (Á D. Andrés.)

Volveré por tí en seguida.

ESCENA VI.

D. ANDRES, FELIPE.

FELIPE. (Vaya! pretende quitarme
la... ¡Pero yo no soy bobo!

ANDRES. ¿Estará usted muchos dias
por aqui?

FELIPE. Fuera dichoso
si pudiera; mas me llaman
é la córte mis negocios!...

ANDRES. ¡Ya! los que don Juan ha dicho.
El amor, las fiestas...

FELIPE. (Con fingida sorpresa.) ¡Cómo!
Y usted tambien... (Pues es buena
la fama que por él gozo.)

ANDRES. Es muy natural: los años...

FELIPE. (¡Oh! si piensa de ese modo
hacerse estimar, conviene
echar su prestigio á fondo.)

¡Hola! ¿Con que usted da oidos
á mi amigo? No me asombro.

Constantemente en la tierra
pagamos unos por otros.

No me maravilla. Siempre
pasa lo mismo.

ANDRES. Supongo
que don Juan...

FELIPE. ¡Vaya una alhaja!

Ya lo sabrá usted!...

ANDRES. Lo ignoro.

FELIPE. ¡No es posible! Si en la corte
él da la norma y el tono
á todos los calaveras.

ANDRES. Yo siempre le he visto!... (Con incredulidad.)

FELIPE. ¡Á todos!

Pregunte usted en Madrid
lo que es ese hijo de Apolo,
único padre que tiene,
segun los rumores sordos
que corren sobre su origen
y de que yo no respondo.

ANDRES. Harta desdicha es la suya
si son ciertos.

FELIPE. Yo los oigo!...

Pero, en fin, esta no es cosa
que nos incumba á nosotros.
La verdad es que con ese
aire formal, y ese rostro
tan apacible y tan grave,
es de la piel del demonio.

ANDRES. (Bien hago en temer...) (Receloso.)

FELIPE. ¡Si tiene!

alma de don Juan Tenorio!
Mas mujeres en el mundo
lloran su triste abandono,
seducidas y olvidadas
por él... ¡Vamos, si es un monstruo!

ANDRES. ¡Buenas serán ellas!... (Con desden.)

FELIPE. ¡Pobres

víctimas de un mentiroso!

ANDRES. Asi se disculpan todas

las que olvidan su decoro.

— Amor, pasion, desvario,

irresistibles coloquios...—

frases son que el vicio emplea

para engañar á los tontos.

Si esas palabras fuyesen

un valor absolutorio,

¿qué seguridad habria

en la fé del matrimonio?

¡Oh, no! La mujer que cede,

quiere ceder: esto es obvio;

- y cediendo, se hace digna
mas que de lástima, de odio.
- FELIPE. ¡Magnífico! (Si supiera...)
¡Já! ¡já!... Pues usted es voto...
(Tocándole en el hombro.)
- ANDRES. ¿Quién con fáciles amores
no ha entretenido sus ocios
estudiantiles?
- FELIPE. Ya veo
que usted también, cuando mozo,
debió de ser...
- ANDRES. No fui un santo.
(Preocupado.)
Y me ví en tales embrollos
por mujeres de esa especie...
¡Son recuerdos dolorosos!
- FELIPE. ¡Bueno! ¿algun desliz? observo,
don Andrés, que todos somos
lo mismo... Predicadores
y pecadores de á fólio.
¡Sí, por eso hay tantos seres
sin familia y sin apoyo.
- ANDRES. ¡Oh calle usted! Si ellas fueran (Con terror.)
siempre honradas!
- FELIPE. No me opongo.
Pero á veces la conciencia
es rigurosa con otros,
para no sentir el peso
del remordimiento propio.
(Yo también predico...)
- ANDRES. (En tono de broma)
Es raro.
(Reponiéndose de su emoción y despues de una bre-
ve pausa.)
que pinte usted de ese modo
á don Juan, siendo su amigo...
- FELIPE. Pues no invento nada; copio.
Ademas, él tiene buenas
cualidades. Es muy probo,
en sus amistades firme,
en sus hechos generoso.
¿Qué se ha de hacer? Ligerezas
de la edad, que el tiempo solo

sentará... (¡Vaya un retrato!
Ni yo mismo le conozco.
Pero él antes...)

ANDRES. ¿Quién diría?...

FELIPE. (Ya duda.)

ANDRES. ¿Conque es tan loco? (Preocupado.)

ESCENA VII.

DICHOS, ANA.

ANA. Papá, en el zaguan espera...
(¡El aquí!...) (Reparando en Felipe.)

ANDRES. ¿Quién?

ANA. El villano
que hallaste ayer en la era.

FELIPE. Caballero... (Con cortedad.)
(¡Está hechicera!)

ANA. Ana... Beso á usted la mano.
(Fingiéndose frialdad.)
(El corazon se me salta
del pecho...)

ANDRES. Justo es que acuda
en su auxilio ..

ANA. Si hace falta,
no le negarás tu ayuda...

ANDRES. ¡Oh contando con tan alta (Sonriendo.)
intercesion, ¿qué he de hacer?

ANA. Eres generoso y bueno.
(Fijándose con intencion en Felipe.)
¡Si otros lo supieran ser!

ANDRES. Templar el dolor ajeno
es cumplir con un deber.
El alcalde ha detenido
á su hijo...

ANA. ¿Y por qué?

ANDRES. Suponte
cuál su delito habrá sido.
¡Nada! que fué sorprendido
cogiendo leña en el monte.
Veremos lo que resulta

de todo, y pues me consulta
no será, por cierto, en balde:
yo le pagaré la multa
y convenceré al alcalde.

ANA. Tu buen corazon bendigo.
Hay quien con una palabra
podria calmar amigo,
el pesar que él mismo labra.
y... calla...

FELIPE. (Esto vá conmigo.)

ANDRES. Puesto que tan poco quiere,
haré por él cuanto fuere
posible...

ANA. ¡Gracias, papá!

ANDRES. Adios. No es justo que espere.
(Despidiéndose de Felipe.)
Es un pobre...

ESCENA VIII.

FELIPE, ANA.

ANA. ¡Ingrato!

FELIPE. ¡Bah!

¿Esto es cuanto se te ofrece?

¿Es justo tratarme así?

ANA. ¿Y qué otra cosa merece
tanto olvido? ¡Te parece!...

¿Un mes sin saber de tí?

¡Ay! ¡de otro modo solias

en mas venturosos dias

demonstrarme tu cariño!...

FELIPE. Es que entonces no reñias... (Con despego.)

ANA. Es verdad; ¡y ahora te riño! (Con amargura.)

¡Cruel, qué mudado estás!...

Pero yo la culpa tengo.

No me quejo...

FELIPE. Por demas.

Me llamas y á verte vengo;

¿Puedes exigirme mas?

ANA. ¿Esto es gracia? ¿Habré llegado
á tan lastimoso estado

- que merezca compasion?
¡Mentira! Nunca has amado.
¡Si te falta corazon!
- FELIPE. Ya ves que no te contesto.
Soy prudente y callo...
- ANA. ¡Sí! (Añigida.)
Con mis quejas te molesto...
- FELIPE. Cuando son injustas...
- ANA. ¡Esto (Fuera de sí.)
no puede seguir así!
- FELIPE. ¡Qué! Me amenazas!
- ANA. Impio! (Dominándose.)
¿Yo amenazar cuando imploro
con amante desvario?
No sabes, Felipe mio,
cuánto sufro, cuánto lloro.
Si supieras la agonía
á que el corazon se entrega,
mayor tu angustia seria.
Llorando, la noche llega,
llorando me encuentra el día
Y en la triste soledad
que con afan solicito,
vivo en continúa ansiedad;
que la ocupa mi delito
y me acusa sin piedad.
Huyo del que el ser me dió,
quiero abrazarle contenta,
y no me resuelvo, no;
pues se interpone mi afrenta
entre el pobre viejo y yo.
Hasta mi hijo desdichado
me inspira miedo y cuidado.
¡Ay! quizás cuando comience
á ser hombre, se avergüence
de la vida que le he dado.
Este temor me intimida.
Debe ser cosa cruel
ver que un hijo nos olvida!
Esta no es vida, no es vida!
Ten piedad... ¡Ténla por él!
- FELIPE. Cálmate... (No sé si debo (Conmovido.)

- resistir...) Enjuga el llanto.
Mi palabra te renuevo
de... (¡La infeliz me ama tanto!...)
En fin, veré... No me atrevo.)
- ANA. ¡No mas! Tu intencion sospecho. (Indignada.)
Debes de estar satisfecho
de tu hazaña contra mí.
¡Oh! me estás dando derecho
para despreciarte.—¡Si!
(Observando un movimiento de cólera en Felipe.)
- FELIPE. En extremo estás cansada.
Ya te he dicho...
- ANA. (Con desesperacion.) ¡Ay, madre amada,
cuya memoria bendigo,
¿por qué á la eterna morada
no me llevaste contigo?
Fáltome tu santo escudo
y la perfidia me hirió
con golpe certero y rudo.
- FELIPE. (Á veces vacilo, y dudo
si soy un malvado ó no.)
- ANA. ¡Oh! pero no puede ser!
Hoy necesito saber
si me sacas de este abismo.
Si eres honrado...
- FELIPE. Mujer... (Con indecision.)
en otra ocasion...
- ANA. ¡Hoy mismo!
(Resueltamente.)
- FELIPE. El tiempo pronto se pasa.
Juro calmar el afan
que el corazon te traspasa...
Mas espera... (Otra vez Juan!...
¡Si entra aqui como en su casa!)
Que no observe....

ESCENA IX.

DICHOS, JUAN, trémulo y agitado.

- JUAN. ¡Amigos míos!...
- FELIPE. ¿Qué sucede? Estás inquieto...

- JUAN. Mira, mira... (Enseñando un telegrama.)
FELIPE. Es un despacho telegráfico!... ¡Ah! ya veo... (Después de leer.)
ANA. ¿Qué tiene? (Con inquietud.)
FELIPE. Su anciana madre se muere.
JUAN. Parto al momento.
El tren va á salir... ¿Quién sabe si cuando llegue habrá muerto?
ANA. Tenga usted valor!... Acaso...
JUAN. ¡Ay, Ana! ¡Ay, Ana! ¡no puedo!
(Con desesperacion.)
Es mi madre, y en la tierra otra esperanza no tengo.
ANA. (¡Infeliz!)
FELIPE. Si necesitas algo...
JUAN. Mi casa te dejo:
dispon de ella como quieras;
yo marcho á Madrid corriendo.
¡Ya ves! ¡Mi madre agoniza!...
FELIPE. Vete, Juan, que eso es primero.
JUAN. Adios, Ana.
ANA. Siento mucho...
JUAN. ¡Ruegue usted que llegue á tiempo!
FELIPE. Voy á despedirte... (Así me libro de lloriqueos.)
ANA. ¿Vendrás pronto? (Á Felipe.)
FELIPE. Podrá ser.
ANA. Decídete.
FELIPE. Ya veremos. (Con despego.)

ESCENA X.

ANA.

¡Oh! ¡Me abandona el traidor,
me abandona sin remedio!
¡Si me muriera!... ¡Dios mio,
es un perjuro... y le quiero!
¡Qué feliz será esa anciana,
qué feliz será, muriendo

querida y honrada... y libre
de arosos remordimientos!

¡Horror, me inspiro á mí misma,
de mí misma me avergüenzo!...
¡Mi padre sin honra, mi hijo
sin nombre!... ¡Dios justiciero!

(Cae desfallecida de brazos sobre el velador.)

ESCENA XI.

ANA, D. ANDRÉS.

D. Andrés observando desde el umbral de la puerta el intenso
dolor de su hija, y acercándose despues sin ser sentido hasta to-
car á Ana en el hombro.

ANDRES. (¡Siempre triste! ¿Qué hay aqui?
¡No lo sé; pero me inquieta
pena tan honda y secreta!)

Ana...

ANA. ¡Ay, Dios!

(Enjugándose precipitadamente las lágrimas.)

ANDRES. ¿Qué tienes, dí? (Con dulzura.)

ANA. ¿Yo?... Nada.

ANDRES. Serán antojos

tal vez; pero juraría
que brillaban todavía
las lágrimas en tus ojos.

ANA. ¡Es mucha tenacidad
la tuya!...

ANDRES. ¡Ay, hija! Sospecho

(Apesadumbrado.)

que me asiste algun derecho
para saber la verdad.

¿Á qué ocultar el quebranto
que te perturba y sofoca,
si lo que afirma tu boca
viene á desmentir tu llanto?

Hace tiempo... —es menester
que te diga lo que siento: —
eres presa de un tormento
que no acierto á comprender.

Con triste solicitud,
aunque en mi orgullo ofendido,
mil veces he sorprendido
tu silenciosa inquietud.
¿Por qué callará— decía—
siendo tan honrada y buena?
Quizás encubre su pena
por no despertar la mía.

Y en esta vacilación
he pasado muchos meses,
siempre esperando que abrieses
las puertas del corazón.

Pero hoy ni debo ni puedo
callar, pues viéndote muda,
nacé en mi pecho una duda
que casi me infunde miedo.
Vuélveme la confianza.

ANA. Si yo... (Confusa.)

ANDRES. Quiero que me digas (Casi osadamente.)

la verdad. ¿Acaso abrigas
un amor sin esperanza?
¿No contestas? Te suplico
que hables.

ANA. (¿Cómo responder?) (Afligida.)

ANDRES. ¿Qué secreto puede haber
para un padre? ¡Ah! me lo explico.

ANA. (¡Esto es horrible!)

ANDRES. Mi larga

práctica de magistrado,
una percepción me ha dado
tan segura como amarga.

Lo mismo que en un escrito,
si ella me ilumina, leo
en el semblante de un reo
su inocencia ó su delito.

Hoy fijo mi vista en tí
de asombro y de espanto llena,
y mi vista te condena.

ANA. ¡Padre! (Con angustia.)

ANDRES. Te condena, si

Ese llanto que á despecho
vierten tus ojos hundidos;

esos ahogados gemidos
que estan rompiéndote el pecho,
ese temor que te agita,
muestran hasta la evidencia
que has herido tu conciencia,
y tu conciencia te grita.

ANA. ¡No puedo mas!... (Aterrada.)

ANDRES. ¡Desdichada!

¡Tu indecision me convence!
No hay mujer que se avergüence
sino de no ser honrada.

ANA. ¡Mátame!...

(Fuera de sí, cayendo de rodillas á los pies de su padre.)

ANDRES. ¡No te comprendo!...

(Sin darse cuenta de lo que oye.)

ANA. Con sangre tu honor redime.

¡Soy criminal!...

ANDRES. ¡No, no! Dime

(Como herido del rayo.)

por favor que estás mintiendo!

¡Es imposible! ¡Ay de mí!

¡No es verdad lo que sucede!

¡Es un sueño!... ¡Dios no puede

haberme olvidado así!

ANA. ¡Si no merezco perdon!

(Sollozando á los pies de su padre.)

Le amé, vencióme su ruego,

creí sus promesas..)

ANDRES. ¿Luego (Arrebatado.)

es cierta tu perdicion?

Y yo?... ¿Por qué habrás nacido?

ANA. ¡Mátame!

ANDRES. ¡Dios de Israel!

(Levantándola violentamente del suelo.)

¿Quién es él, di quién es él?

¡Pronto!

(Deteniéndose á escuchar como si oyera pasos. En este espacio procurará dar á su semblante una tranquilidad aparente y forzada.)

¡Calla!

ESCENA XII.

DICHOS, FELIPE.

- ANDRES. Oh! bien venido!
(Saliendo al encuentro de Felipe y tendiéndole la mano con violenta alegría.)
- ANA. ¡Ay! (Desmayándose.)
- FELIPE. Ahora dejo en el tren (Con indiferencia.)
al pobre Juan!...
- ANDRES. ¿Se ha marchado
sin despedirse? (El malvado!
¡Todo lo comprendo bien!)
- FELIPE. Fáltóle tiempo... ¿Qué es esto?
(Reparando en Ana.)
- ANDRES. Un desmayo!
- FELIPE. Así parece!...
- ANDRES. ¡Petra! Petra!
(Tirando con fuerza de la campanilla.)

ESCENA XIII.

DICHOS, PETRA asustada.

- PETRA. ¿Qué se ofrece?
- ANDRES. ¿No lo ves? Acude presto.
(Mostrándole á Ana. Petra y Felipe rodean apresuradamente á Ana. D. Andrés se aproxima también, aunque con mas lentitud.)
- FELIPE. (Tal vez de Juan el viaje...) (Con recelo.)
- ANDRES. ¡La mira en el precipicio
y huye!... Al fin hijo del vicio!
No desmiente su linaje!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion cerrada, amueblada con elegancia. Puerta en el fondo, y á cada uno de sus lados una jardinera. En la de la izquierda una caja de pistolas. Puertas laterales. Un velador con libros, etc.

ESCENA PRIMERA.

PETRA sola.

¡Válgame el cielo, qué día
de revolucion! Malhaya
la hora fatal en que fuimos
á Pozuelo de Aravaca.
¡Qué tráfigo, qué emociones!
Yo voy á ponerme mala.
De correr y de llorar (Sentándose.)
no ceso... Anteayer mañana
el trueno gordo; despues
la vuelta precipitada
á Madrid... ¡Si esta no es vida!

ESCENA II.

PETRA, D. ANDRÉS.

ANDRÉS. Petra... (Entrando.)
PETRA. ¡Ay, Jesus!

(Levantándose precipitadamente.)

¿Quién me llama?

ANDRES. ¿Dónde está Ramon?

PETRA. No ha vuelto
todavía.

ANDRES. Pues ya tarda.

PETRA. ¡Cá! No señor: si hace poco
que vino con esta caja...

(Señalando la de las pistolas.)

ANDRES. ¡Ah!... (Cogiéndola.)

PETRA. Por cierto que me dijo
con una voz tan extraña...

ANDRES. ¡Habrá imbécil!...

PETRA. «No la toques:
mira que el diablo las carga...
y las descarga...»

ANDRES. Sin duda

(Sin hacerla caso, mirando las pistolas.)

habrá extrañado Peralta
mi petición... ¡Es tan raro
buscar á mis años armas!...
¡Mi suerte lo ordena!

PETRA. (¡Tiene

de dolor transida el alma!
Si me atreviese... Me haré
la desentendida.) Vaya,
¿qué tiene usted?

ANDRES. ¿Yo?... ¿Qué es eso?

(Alarmado, guardando las pistolas que habrá esta-
do mirando vuelto de espaldas á Petra.)

PETRA. Que algo extraordinario pasa.

El corazon me lo ha dicho...
(y la señorita).

ANDRES. Basta. (Interrumpiéndola.)

PETRA. Eso de dejar el pueblo
de la noche á la mañana
como si huyéramos! esa
tristeza que se retrata
en el semblante de usted...

ANDRES. Es que á Madrid me llamaban
mis asuntos... (¡Si creía
que todos me señalaban

- con el dedo!)
PETRA. Pero el llanto
de la señorita...
ANDRES. ¡Calla! (Incomodado.)
PETRA. ¡Si viera usted cómo sufre!
Hasta de encerrarse trata
en un convento...
ANDRES. ¡Te digo
que calles!
PETRA. Si usted lo manda... (Con sumision.)
(Cuando se pone tan hosco,
¿quién es la que le sonsaca?)
ANDRES. En cuanto vuelva Ramon,
házle que lleve esta carta
á su destino. Que inquiera
si el sujeto está aun de caza
ó ha regresado...
PETRA. Ya entiendo.
(Tomando la carta.)
ANDRES. Oye: si está levantada
Ana...
PETRA. ¡Si no se ha acostado! (Con lástima.)
ANDRES. Pues dile que quiero hablarla.
PETRA. ¡Para don Felipe!
(Admirada, leyendo el sobre de la carta al salir.)

ESCENA III.

D. ANDRÉS, solo.

Espero
que venga... ¡Y si se negara!...
¡Le buscaria! Pensar
que le he tenido en mi casa
despues de saber la ofensa
y... ¡Pero vendrá sin falta!
¡Cómo la razon se ofusca!
¡Qué injustamente aeusaba
á don Juan... Si parecia
su maldad palpable y clara.
Jamás hubiera pensado
en Felipe... ¡en quien me engaña!

:

¡Oh! si no me satisface,
si se niega á mi demanda,
un duelo, la muerte!... ¡Aqui
(Señalando con furor reconcentrado la caja de pis-
tolas.)
tengo mi última esperanza!
Temo asomarme al abismo
de mi espantosa desgracia!
¡Si será que me condena
Dios por mi culpa olvidada!

ESCENA IV.

D. ANDRÉS, ANA.

Ana se acerca silenciosamente hasta ponerse al lado de su padre,
abismado en sus tristes recuerdos,

ANDRES. ¡Ah! no habia reparado (viéndola.)
en usted, y la esperaba.
Siéntese usted.

ANA. ¡Tengo miedo!... (Vacilando.)

ANDRES. ¡Siéntese usted! (Con imperio.)

ANA. ¡Dios me valga!

(Obedeciendo.)

ANDRES. ¡Qué pálida está!

(Mirándola con interés mal disimulado.)

ANA. (Quisiera
que la tierra me ocultara!)

ANDRES. Me ha dicho usted que Felipe
(Dominando su emocion.)
comprometió su palabra...

ANA. Sí, señor...

ANDRES. Bien; hoy le aguardo.

(Animándose.)

Hoy esta cabeza blanca,
que se levantaba erguida,
se humillará avergonzada.
Hoy mendigaré un retazo
de mi ya perdida fama,
y me negarán lo mismo
que me han quitado!... ¡Qué infamia!
Estará usted satisfecha,

- verdad?
- ANA. (¡Las fuerzas me faltan!) (Confusa.)
- ANDRES. No cederá... Mas si cede,
si mis súplicas le ablandan
y no resiste, ¡qué vida,
qué vida, infeliz, te aguarda!
- ANA. ¡Dios mío! (Hondamente afligida.)
- ANDRES. ¿Piensas acaso
que esos yerros no se pagan
con usura? ¿que en el mundo
puede borrarse esa mancha?
- ANA. ¡Oh, qué tormento! (Fuera de sí.)
- ANDRES. Temores,
recelos, desconfianzas,
turbarán continuamente
el sosiego de tu casa.
Entre tu marido y tú,
cual pavoroso fantasma,
se levantará el recuerdo
de tu flaqueza pasada.
De tí misma tendrá miedo,
vivirá en perpétua alarma;
serán terribles sus días,
sus noches serán amargas.
Y te dirá cuando intentes
persuadirle:—¡Calla, calla!
tú deshonraste á tu padre,
tú fuistes débil y falsa...
- ANA. ¡Ten piedad! (Sobrecogida de espanto.)
- ANDRES. Si de soltera (Sin hacerle caso.)
tan mal tu virtud guardabas,
¿cómo quieres que confie
en tu virtud de casada?
Eso te dirá, si al fin
el recelo no le aparta
de tu lado...
- ANA. ¡Ay! ¡en el pecho (Angustiada.)
mi corazón se quebranta!
¿Esto es vivir, Dios eterno!
- ANDRES. ¡Valiera más que llorara
tu muerte que mi deshonra!
- ANA. ¡Tu justa cólera aplaca!...

ANDRES. ¡No, jamás!

ANA. Grande es mi culpa:

no pretendo aminorarla.

Me aborrezco; soy indigna

de besar por donde pasas;

merezco todas las iras

del cielo; pero me espanta

tu aborrecimiento, padre!

ANDRES. ¡Oh! ¡no es hija quien arrastra

mi crédito por el fango!

ANA. ¡Padre!... (Suplicándole)

ANDRES. ¡Ese nombre me infama!

(Con exaltación)

¡Vergüenza tengo de serlo!

ANA. ¡Ay!

ANDRES. Mañana por tu causa

seré el ludibrio de todos.

—Ese es el padre de Ana—

mostrándome por do quiera,

dirán.—No acertó á guardarla!—

Y don Juan, que habrá sabido

allá en el lugar tu falta,

y el seductor, que á estas horas

quizás del triunfo se alaba,

y el pesar que me consume,

y el rubor que me delata,

me harán objeto en el mundo

de burlas y carcajadas!

¡Ingrata! goza en tu obra!

ANA. ¡Mentira! El dolor no mata!

(En un arranque de desesperación.)

ESCENA V.

DICHOS, D. JUAN, demudado y de luto riguroso.

ANDRES. Don Juan!... (Temo que conozca

mi deshonor en mi cara!)

(Saliendo á su encuentro y reparando en él.)

¿Usted aquí?... Mas ¿qué es esto?

Esa palidez extraña...

ese luto... ¡Usted es víctima

de una terrible desgracia!
Su madre de usted!...

- JUAN. No existe.
(Con voz ahogada.)
- ANA. ¡Ha muerto? (Con pena.)
- ANDRES. Siento en el alma...
- JUAN. Vengo desde su sepulcro
á cumplir una sagrada
mision...
- ANA. ¡Para esos dolores
no hay consuelo, solo hay lágrimas!
- JUAN. ¡En mis ojos se han secado!
- ANA. ¡No en los míos!
- JUAN. ¡Ana, gracias!
(Estrechándola con efusion la mano.)
- ANA. (¡Ella ha muerto, y yo!...)
- JUAN. Aquí vengo
(Á D. Andrés.)
á un asunto de importancia.
- ANDRES. Usted!... (Sin duda lo sabe!
¡Oh! con razon maliciaba!...)
Bien...
- ANA. Me retiro...
- ANDRES. (No puede
ser esto!...)
- ANA. (¡Dichosa anciana! (Alejándose.)
La tengo envidia! .. Siquiera
en la tumba se descansa.)

ESCENA VI.

D. ANDRÉS, JUAN.

- JUAN. Sospecho que extraña usted
á tal hora mi visita.
- ANDRES. Si es que usted me necesita,
me bará en mandarme merced.
Sabe usted que le ofrecí
cuanto valgo y cuanto tengo,
y hoy mas que nunca...
- JUAN. (Con solemnidad.) ¡Es que vengo
á acusarle á usted!

- ANDRES. ¡Á mí? (Inquieto.)
¿Es posible?
- JUAN. Si señor.
- ANDRES. Ignoro en qué habré pecado.
Es usted tan desgraciado
que le trastorna el dolor.
Comprendo ese sentimiento
que le turba y extravia.
- JUAN. Cierto; pero á usted debia
turbarle el remordimiento. (Severamente.)
- ANDRES. Caballero, mi altivez
no consiente...
- JUAN. Necesito (En el mismo tono.)
que juzgue usted un delito
con la austeridad de juez.
Quiero saber si hay mayor
crimen, ni mas execrable,
que el del ladron miserable
que asalta el ajeno honor.
- ANDRES. ¡Ay, Dios! ¿Luego usted no ignora?...
(Angustiado.)
- JUAN. ¡Lo sé todo!
- ANDRES. ¡Lo temia!
(En el mayor desconsuelo.)
¡Qué aciaga suerte es la mia!
Cuando no hay remedio llora!
(Con amargura.)
- ANDRES. Lloro, si, de indignacion,
de vergüenza, lo confieso.
¡Si viera usted! tengo un peso
que me abruma el corazon!
¿No es cierto que el libertino
es indigno de piedad?
- JUAN. ¿Qué dice usted? (Asombrado.)
- ANDRES. ¿No es verdad
que es un cobarde asesino?
¿Que es un corazon villano,
sin virtud, el que atropella
el pudor de una doncella
y las canas de un anciano?
- JUAN. Si, si; pero usted olvida... (Maravillado.)
- ANDRES. Cruce usted sencillo y bueno, (Sin escucharle.)

de nobles acciones lleno,
el sendero de la vida.
La fama que usted hereda,
la que adquiere con prolijos
afanes, preste á sus hijos,
honrándoles cuanto pueda.
Para que venga á manchar
un extraño su decoro,
privándole de un tesoro
que no se vuelve á cobrar.
¡Para perder en un día
el crédito y el consuelo!...
¡Oh! ¡no hay castigo en el suelo (Con ira.)
para tanta felonía!
¡No le hay!

JUAN. No esperaba tanto;
usted mismo se sentencia.

Y es que tiene la conciencia
arranques que dan espanto.
Arranques que traen en pos
la condenacion del reo;
arranques en donde veo
brillar la mano de Dios!

ANDRES. ¿Debo acaso responder (En tono de queja.)
del engaño que he sufrido?

JUAN. Si usted hubiera rendido
culto constante al deber,
ni llorara ese deslíz,
ni yo le pidiera cuenta
de una vida que me afrenta
y de una madre infeliz.

ANDRES. ¡Estoy soñando ó despierto? (Aterroizado.)
¡Usted! (¿Qué terror me asalta!)

JUAN. ¡Confesándome su falta (Penosamente afectado.)
la que me dió el ser ha muerto!
¿Qué mucho que la ocultase
hasta el postrimero día?
La desdichada temia
que mi afecto se entibiase.
Y si alguna vez dudé
de este maternal engaño,
callé por no hacerla daño,

- por no ofenderla callé.
- ANDRES. Voy á perder la razon. (Fuera de sí.)
¿Es esto verdad?
- JUAN. Soy hijo (Severamente.)
de doña Juana de Arguijo.
- ANDRES. ¡Tú!—¡Qué horrible expiacion! (Consternado.)
¿Qué he de decir en mi abono
si Dios me ha juzgado ya?
- JUAN. ¿Y quién disculpar podrá
tan criminal abandono?
- ANDRES. La creí culpable...
- JUAN. No (Con fuego.)
basta que usted lo creyese.
- ANDRES. ¡Es verdad! (Abatido.)
- JUAN. Y aunque lo fuese
¿era responsable yo?
¿Debió usted negarme impio
un nombre?
- ANDRES. Dártele espero.
(Agitado y confundido.)
¿Puedo hacer mas?
- JUAN. ¡No le quiero! (Con orgullo.)
Hoy le honrara á usted el mio.
En mi oscura soledad
he sabido conquistarme
lo que usted no quiso darme...
- ANDRES. ¡No debo exigir piedad!
¡Ay, señor! ¡Ya he conocido
con cuánta razon me infamas!
¿Qué tremendamente llamas
á las puertas del olvido!
Hoy en un mismo recuerdo
se eslabona y encadena,
el hijo que me condena
con la estimacion que pierdo.
Hollé el corazon de un padre
en mi juventud liviana,
y Dios me castiga en Ana!...
¡Ya está vengada tu madre!
(Con profunda desesperacion.)
- JUAN. ¡Oh, pero eso no es verdad! (Sobrecogido.)
Acaso usted anticipe

- su juicio...
ANDRES. ¡Apela á Felipe!
(Interrumpiéndole amargamente.)
JUAN. ¡Felipe! ¡Qué iniquidad! (Sorprendido.)
ANDRÉS. ¡Lo que sembré recogí!
Tus decretos reverencio,
Señor.

ESCENA VII.

ANDRÉS, JUAN, ANA.

- JUAN. ¡Silencio! ¡Silencio!
(Al ver aparecer á Ana.)
ANDRES. ¡No, no! (Sin poder disimular su emocion.)
JUAN. Por ella y por mí. (En voz baja.)
(En mala ocasion llegó.)
ANA. ¡Papá llorando!... ¿Qué es esto?
(Observando la profunda afliccion de D. Andrés.)
¿Sabrá don Juan?... Si molesto...
(Tímidamente.)
JUAN. ¡Que Ana nos observa!
(Por lo bajo á D. Andrés temeroso de que Ana sospeche.)
No...
Quédese usted...
ANA. Oí un grito, (Cortada.)
Y...
JUAN. Me le arrancó el pesar, (Disimulando.)
sin duda.
ANDRES. (Quisiera estar
(Cada vez mas impresionado.)
á solas con mi delito.)
ANA. ¡Si no sé lo que decir!
JUAN. Es menester que esto acabe,
no advierta... (Á D. Andrés en voz baja.)
ANA. ¡Todo lo sabe!
(Fijándose con receloso interés en el dolor de su padre y consternada.)
JUAN. ¡Todo se vá á descubrir!... (Turbado tambi
Váyase usted!... Aqui espero (En voz alta.)
en tanto que usted escribe

la... carta... (Que se apercibe del dolor de usted!...)

ANDRES. ¡Yo muero!

(Obedeciendo maquinalmente.)

Bien: iré...

JUAN. ¡Gracias á Dios! (Respirando.)

ANDRES. ¡Temo que el pesar me venza! (Marchándose.)

JUAN. No tarde usted. (Empujándole.)

ANDRES. (Me avergüenza

la presencia de los dos.)

ESCENA VIII.

JUAN, ANA.

JUAN. ¡Por fin respiro!

ANA. ¡Ay de mí!

¡Ni siquiera á hablar aciertó!

JUAN. Usted de seguro aprecia (Dominándose.)

la pérdida que lamento,

y no extraña mi amargura.

ANA. Antes bien la compadezco.

No hace mucho que he llorado

como usted llora... Tenemos

en el corazon la misma

herida, el mismo recuerdo.

¡Tambien descansa en la tumba

mi madre... y echo de menos

el solo amor que en la tierra

es incorruptible, eterno!

(Si no sabrá...)

JUAN. (Es imposible

que adivine mi secreto.)

El dolor nos hace hermanos;

¿verdad, Ana?

ANA. ¡Es tan intenso

(Queriendo en vano contener sus lágrimas.)

el mio!...

JUAN. Los que padecen,

se comprenden sin esfuerzo

¡Hermanos! ¡Qué dulce nombre,

tan consolador y bueno!

- Parece que se dilata
el corazón en el pecho.
Eso de tener un alma
que con santo y puro afecto,
nos consuele si lloramos,
nos levante si caemos;
que en las grandes tempestades
de la vida, nos dé aliento...
Es el mayor de los bienes
que pueden pedirse al cielo.
- ANA. Para sentir sus desgracias
su hermana seré... (Tendiéndole la mano.)
- JUAN. Lo acepto, (Alterado.)
no solo con alegría,
con vivo agradecimiento.
¡Ana! las penas del mundo
(Procurando consolarla sin despertar sus sospechas.)
tienen fin... Dios pone término
á los tormentos humanos.
- ANA. ¡Con la muerte! (Aligida.)
- JUAN. ¡Con el tiempo!

ESCENA IX.

ANA, JUAN, FELIPE.

- FELIPE. Á los pies de usted, Anita.
(Entrando sin reparar en Juan.)
¡Ah!... (Viéndole, y con marcado disgusto.)
¡Felipe!... Caballero...
- ANA. (Corriendo instintivamente hácia él y conteniéndose despues.)
- FELIPE. (¡Que siempre los halle juntos
(Con desconfianza.)
en Madrid, como en el pueblo!)
¡Hola!...
(Dando la mano con frialdad á Juan y mirándole con fijeza. El tono de Felipe es durante esta escena amargo é irónico con D. Juan, receloso y duro con Ana.)
¡Si pudiera hablarle!...)
- ANA. (Con ansiedad.)
- FELIPE. Qué tal, chico, ¿estás enfermo?

¡Bah! soy tan desmemoriado...
¿Cómo está tu madre?

JUAN. Ha muerto. (Con dolor.)

FELIPE. ¿Cuándo?

JUAN. Anteayer.

FELIPE. Lo ignoraba.

Verdad es que anoche he vuelto
de caza...—Sin duda ustedes,

(Á Ana con amarga cortesía.)

sabedores del suceso,
han venido á consolarle...

Es justo...

JUAN. No hay nada de eso.

ANA. Papá quiso...

FELIPE. Y tú aturdido.

(Á Juana sin prestarla atención.)

por un golpe tan funesto,

huyes de la soledad,

bucas el dulce consuelo

de las tiernas simpatías,

y...

JUAN. Ya sabrás... (Confuso.)

FELIPE. ¡Muy bien hecho!

El dolor busca expansiones.

Si hay afecto verdadero

en los amigos... (Los dos

están turbados y trémulos.)

(Observándolos con ira.)

JUAN. Un motivo poderoso.

me ha obligado...

FELIPE. Ya, ya veo

que será así. ¿Quién te pide

explicaciones?—¿Qué es esto?

(Á Ana severamente, en voz baja.)

ANA. Sálvame, Felipe! Todo

(En el mismo tono, llena de inquietud.)

lo sabe mi padre!...

FELIPE. ¡Ah! (Alterado.)

JUAN. (Temo (Observándolos)

que falte á sus compromisos.)

FELIPE. Pero ¿cómo ha descubierto?... (Á Ana.)

ANA. Se lo he dicho yo.

- FELIPE. (¡Esto es grave!)
- ANA. Acosada...
- FELIPE. (Aqui hay misterio.)
Sin duda habré interrumpido
(En voz alta, receloso.)
sus pláticas y lo siento...
- JUAN. ¡Tú!...
- FELIPE. Los dolores son siempre
solitarios y discretos...
(¡Oh! ¡me engañan!...)
- JUAN. Mis pesares
son, Felipe, tan tremendos,
que entre el bullicio del mundo
me tienen solo.
- FELIPE. Lo creo. (Con duda.)
- JUAN. Donde estamos Ana y yo, (Severamente.)
puede estar otro sin riesgo
de importunar.
- FELIPE. (Hay aqui
algo extraño que no entiendo.)
- ANA. No me abandones. (A Felipe.)
- JUAN. Quien tiene
(En el mismo tono.)
tan honrados pensamientos
como tú, ni piensa mal,
(Recalcando sus palabras.)
ni nunca se olvida de ellos.
- FELIPE. No sé á qué viene...
- JUAN. Es verdad. (Dominándose.)
Perdona... (¿Si tendrá celos?)
Me voy. (Querrán estar solos
y les estorbo.)
- FELIPE. Sospecho
que irás consolado...
- JUAN. ¿Tanto
te interesas en saberlo?
- FELIPE. ¿No soy tu amigo? (Se burla
de mí...)
- JUAN. Despues hablaremos.
- ANA. ¡Ese lenguaje!...
(Asustada del giro que toma el diálogo.)

ESCENA X.

DICHOS, D. ANDRÉS.

- ANDRES. Me acaban (Con severidad á Felipe.)
de decir, hace un momento,
que estaba usted esperando!
- ANA. (¡Dios le ilumine!)
- FELIPE. En efecto.
He recibido la esquila
de usted, y sin perder tiempo
he venido...
- ANDRES. Sé que usted
no es amigo de perderlo.
- ANA. ¡Prudencia, Felipe! (En voz baja.)
- FELIPE. Yo, (Bruscamente.)
señora, siempre la tengo.
- ANA. ¡Cruel! ¿Estás enfadado
conmigo?
- FELIPE. ¿Pues yo me quejo? (Con altanería.)
- ANA. ¡Ten presente el tierno lazo
que uno une!...
- (Durante este diálogo de Felipe y Ana, D. Andrés
habrá llevado aparte á D. Juan manteniendo con él
en voz baja la siguiente conversacion.)
- ANDRES. Juan, no quiero
que se sepa mi deshonra.
Tú puedes servirme.
- JUAN. Bueno. (Con pena.)
- ANDRES. Pero antes... Pierde cuidado.
Buscaré todos los medios,
y si se negase...
- JUAN. Entonces
el honor es lo primero.
(Siguen hablando entre sí.)
- ANA. El inocente no debe (Á Felipe.)
responder de nuestros yerros.
Muévate á piedad.
- FELIPE. (No sé
(Mirando con inquietud á D. Andrés y Juan.)

qué pensar de estos secretos.)
Usted dirá lo que quiere,
(Á D. Andrés interrumpiéndolos.)
y si es que servirle puedo
en algo...

JUAN. Con el permiso (Retirándose.)
de ustedes...

ANDRES. Espera adentro.
(Ap. dándole la mano.)

ANA. ¡Felipe, en tus manos tienes
mi vida!

FELIPE. (¡Vamos con tiento!) (Receloso.)

ESCENA XI.

D. ANDRÉS, FELIPE.

FELIPE. (¡Á tiempo lo sé!... No quiero
que se diviertan conmigo.)
Usted me dirá...

ANDRÉS. Pues digo
(Con ira mal reprimida.)
que no es usted caballero.

FELIPE. ¡Señor don Andrés!...

ANDRÉS. ¿Sin duda
sorprende á usted mi lenguaje!

FELIPE. Yo no contesto á un ultraje (Dominándose.)
si la ancianidad le escuda.
Que es respetable la edad
hasta cuando se propasa.

ANDRÉS. Usted ha entrado en mi casa
como un amigo, ¿es verdad?

FELIPE. Si señor.

ANDRÉS. Franco y abierto,
como mi propia mansion,
ha estado mi corazon
siempre para usted, ¿no es cierto?

FELIPE. Que le debo esa merced
reconozco de buen grado.

ANDRÉS. En cambio usted me ha robado...

FELIPE. ¡Insulto tan grave!...

ANDRÉS. ¡Usted!

- La acusacion no rehuya.
- FELIPE. ¡Hierva la sangre en mis venas! (indignado.)
- ANDRES. El ladron de honras ajenas
tiene podrida la suya.
Usted, usted me quitó
la dicha, la paz del alma!...
- FELIPE. ¡Basta ya!
- ANDRES. Tenga usted calma,
(Con forzada tranquilidad.)
que tambien la tengo yo!
- FELIPE. Dice usted bien: soy muy vivo
(Reprimiéndose.)
de genio: sellaré el labio.
Usted recuerda un agravio
y se queja con motivo.
Mas no entraré en mi defensa
si usted no temple ese ardor;
que no es manchando mi honor,
como ha de lavar su ofensa.
- ANDRES. ¿Luego usted confiesa?...
- FELIPE. Si.
- Las injurias suprimamos.
Confieso que nos amamos
Ana y yo con frenesí.
Que la pasion y la edad
me trastornaron el seso;
que fui débil...
- ANDRES. No, no es eso
(Interrompiéndole.)
flaqueza, sino maldad.
Olvidó usted su deber
y mi desdicha le imputo.
¿Qué puede contra el astuto
seductor una mujer?
¡Gran hazaña es abusar
con halagos de serpiente,
de un corazon inocente
que ha nacido para amar!
¡Ay, burlarse del cariño
de un alma, en sus redes presa,
es tan difícil empresa
como burlarse de un niño!

- FELIPE. ¡No me admira esa pasión!...
¡Hija al fin! Acepto el cargo.
Eso que usted, sin embargo,
tuvo distinta opinión.
Há poco no concebía
que una mujer sucumbiera...
- ANDRES. ¡Yo! ¿Cuándo? (Asustado.)
- FELIPE. De esta manera
recuerdo que usted decía:
*Amor, pasión, desvarío,
irresistibles coloquios...
frases son que el vicio emplea
para engañar á los tontos.*
- ANDRES. ¡No mas, no mas!
- FELIPE. Si tuviesen
*un valor absoluto,
¿qué seguridad habría
en la fé del matrimonio?*
¡No, no! ¡La mujer que cede
quiere ceder!... esto es obvio,
y cediendo se hace digna,
mas que de lástima, de odio!
¿No es así como ha pensado
usted?
- ANDRES. ¡Oh, ciego egoísmo!
(Consternado y fuera de sí.)
Por disculparme, yo mismo
armas contra mí honra he dado!
¡Pero eso no es cierto, no!
Usted mi opinión condena;
porque Ana es buena... ¡Era buena!
¡Lo sabe usted como yo!
- FELIPE. (Si accedo se burlarán (Haciendo un esfuerzo.)
de mí... ¡Válgame el aplomo!)
Señor don Andrés, yo tomo
las lecciones que me dan.
- ANDRES. ¡Imposible! No lo espero (Consternado.)
de usted. ¿Verdad que me aflijo
sin razón? usted es hijo
de un cumplido caballero.
Ha estrechado usted mi mano
mil veces. ¡Qué baja acción

es gozarse en la aflicción
de un amigo y de un anciano!
Usted sabrá reparar
el profundo mal que lloro.
¡Ay, no olvide usted que imploro,
que ruego en vez de acusar!
FELIPE. (Su llanto me ha conmovido,
y no sé qué hacer.)

ANDRES. ¡Se trata
de mi nombre!...

FELIPE. (¡Y esa ingrata
me vende!... ¡No me decido!
¿Quién sabe si esto será
un lazo?... Bueno es que aguarde.)
Yo siento... Quizás mas tarde... (Confuso.)

ANDRES. ¡Basta de súplicas ya! (Recobrando su energía.)

FELIPE. Hay causas...

ANDRES. Rómpase el freno
que mi cólera contiene.
Se niega usted porque tiene
el ruin corazón de cieno.

FELIPE. No exija usted que proclame
la razón en que me fundo.

ANDRES. ¡Oh! no hay razón en el mundo, (Fuera de sí.)
que le obligue á ser infame!
¡Hable usted!

FELIPE. Fuera indiscreto... (Dudando.)

ANDRES. Aun tienen fuerza mis brazos
para arrancarle á pedazos
el corazón y el secreto.
¡La lucha será terrible!
¡Á muerte! ¡Á la ley apelo
de las armas!

FELIPE. ¡Cómo! ¿Un duelo
(Sorprendido y con disgusto.)
con usted? ... ¡Es imposible!

ANDRES. ¿Eso es respeto ó temor?

FELIPE. ¡Extrañas suposiciones!
En distintas ocasiones
he probado mi valor.

ANDRES. ¡Hay mas grande iniquidad!

FELIPE. Franco le presento el pecho.

(Con entereza.)
Á usted le sobra derecho
para matarme, es verdad!
Acabe usted de una vez:
yo moriré resignado.
Pero á usted le hacen sagrado
la razon y la vejez.
No entraré en otro camino
por mas que usted me exaspere.

ANDRES. ¡Este miserable quiere
(En el mayor grado de exaltacion.)
que acabe yo en asesino!
Me humilla, me pisotea,
y dice que no se bate...
¿Usted quiere que le mate
(Yendo frenético á coger las pistolas.)
como á un bandido?... ¡Pues sea!

ESENA XII.

DICHOS, JUAN, interponiéndose.

JUAN. ¡Ni un paso mas!
ANDRES. Tengo sed
de su sangre...
JUAN. Lo concibo.
FELIPE. ¿Buscaba usted un motivo?
(Sobrescitado y furioso á la vista de D. Juan.)
Pues bien, ¡ahí le tiene usted!
(Señalando á D. Juan.)
JUAN. ¡Cómo! (Sorprendido.)
FELIPE. ¿Te parece extraño
que haya descubierto el juego?
¡Pero yo no soy tan ciego
que no conozca un engaño!
JUAN. ¡Vamos se quiere burlar
de mí... (Con forzada sonrisa.)
ANDRES. ¡Si es justo que muera! (Con ira.)
FELIPE. Comprendo que Ana viviera (Con intencion.)
tan contenta en el lugar.
Comprendo que tras el norte
que há tiempo sus pasos guía,

volviese á la córte, el día
que tú volviste á la córte!...

ANDRES. ¡Dios mio!

JUAN. ¡Eres un cobarde!

(Estrechando con violencia la mano de Felipe)

FELIPE. ¡Preciso es que esto concluya
con tu vida!

JUAN. ¡Con la tuya!

¡Y pronto!

FELIPE. Mañana es tarde.

Quien deja á su madre muerta
y se viene aquí... ¡á llorar!
quien se resuelve á escuchar
oculto tras de una puerta...

JUAN. ¡Falso!

FELIPE. Quien llega tan alta
confianza á merecer,
que obtiene de una mujer
la confesion de su falta...

ANDRES. ¿Lo ves? ¿Y aun quieres que viva?
(Exasperado.)

JUAN. ¡Desdichado! ¿qué supones?
(Con sombría calma.)

FELIPE. Quien en ajenas cuestiones
toma parte tan activa...

JUAN. ¡Son propias! (Animándose.)

FELIPE. Pues tú, ¿qué ganas (Con ironía.)
en esto?

ANDRES. ¡Ay, hijo! ¿Qué has hecho?

(Á Juan con terror.)

JUAN. ¿Hijo!... ¡y no tengo el derecho
(Amargamente despues de una pausa.)
de volver por esas canas!

ANDRES. ¡Oh! (Horrorizado.)

FELIPE. ¿Ya has comprendido?
(Con reconcentrada ira á Juan.)

JUAN. Mengua

es ¡vive Dios! escucharte.

FELIPE. ¡Vamos! (Con impaciencia.)

JUAN. Antes de matarte
te voy á arrancar la lengua.
¡Calumniador!

- FELIPE. ¡Está bien!
(Con amenazadora tranquilidad.)
¡Vamos!
- ANDRES. (Con angustia.)
¡Si este hombre no puede
pensar eso!...
- FELIPE. ¡La que cede (Fuera de sí.)
una vez, cederá cien!
(Momento de espanto y consternacion. D. Andrés
sin poder contenerse, llama á su hija con desesperacion.)
- ANDRES. ¡Ana!
- JUAN. ¡Qué hace usted! (Deteniéndole.)
- ANDRES. ¡Si, si!
¡Ana! ¡Deja que la llame!

ESCENA XIII.

DICHOS, ANA.

Ana sale apresuradamente y al oír las recriminaciones de Don Andrés, va perdiendo las fuerzas hasta caer de rodillas al finalizar el acto.

- ANDRES. ¡Ven! ¡mira cómo este infame
(Oprimiéndola el brazo.)
me está tratando por tí!
- FELIPE. ¡Ni un minuto mas!...
(Conmovido y procurando marcharse.)
- ANDRES. ¡Lo olvida
todo!... ¡Si fuiste muy necia!
¡Escúchale! ¡Te desprecia
como á una mujer perdida!
- ANA. ¡Oh!
- ANDRES. Le diste con tu honor
el derecho...
- ANA. ¡Padre! ¡padre!
(Cayendo de rodillas.)
- ANDRES. ¡Maldí!... (Desesperado.)
- JUAN. ¡Que mira mi madre!
(En voz baja, deteniéndole y señalando al cielo con
la mano.)

ANDRES. ¡Ay, Dios!
(Como si hubiese recibido un violento golpe, cayendo anodadado y sollozando. Juan, acude en su auxilio, mirando con indignacion á Felipe, colocado en el último término de la escena.)

FELIPE. Te espero. ¡Qué horror!
(Haciendo extraordinarios esfuerzos por encubrir su emocion y alejándose.)

ACTO III

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ANA, sacando de un guarda-joyas varias cartas y quemándolas
á la luz de la bujía.

¡Pasad, queridas memorias
de mas venturosos tiempos,
pasad! ¡Hoy solo seriais
abrumadores recuerdos!

¡Si con vosotros huyeran
mis impuros devaneos!...

¡Si yo pudiera borrar
su imágen!... ¡Pero no puedo!

(Con desaliento.)

Y sin embargo, es preciso
que le olvide... ¿Por qué el fuego
que consume estos papeles
no abrasa mi amor con ellos?

¡Cuánto tarda Petra!—¿Acaso

(Levantándose.)

Ramon no habrá descubierto
tampoco?... ¡La angustia mia
vá por instantes creciendo!

¡Oh, si la sangre corriera

por mi causa!... ¡Me estremezco!
¡Para aumentar mi zozobra
no me faltaba mas que esto!

ESCENA II.

ANA, PETRA.

PETRA. (¡Cuánto sufre!)
ANA. Te esperaba
con afan... (Cómo me arriesgo...)
PETRA. ¿Viste á Ramon? (Con inquietud.)
ANA. Si, señora.
PETRA. ¿Y qué has sabido?
ANA. (Con vacilacion.) De cierto
nada... Pero me parece
(Observando la agitacion de Ana.)
que no ha de llevarse á efecto
el lance...
ANA. ¿De veras, Petra?
PETRA. (¿Cómo la digo que el duelo
se verifica mañana?)
Eso juzgo .. (No me atrevo.)
ANA. Pero ¿qué hay? (Impacientándose.)
PETRA. Ya sabe usted
que Ramon es un sabueso
muy listo, y como estos dias
ha estado tan poco diestro...
sin encomendarse á Dios
ni al diablo, se fué derecho,
por complacerme tan solo,
á buscar á un compañero
que en casa de don Felipe
está acomodado... creo
que por recomendaciones
del mismo Ramon.
ANA. (Con ansiedad.) Bien, pero...
PETRA. ¡Tenga usted cachaza!—Allí,
Ramon, sin comprometernos,
tendió sus redes. ¡Y como
los criados lo sabemos

- todo!...
- ANA. ¡Ya!
- PETRA. El de don Felipe,
que es un mozo de provecho,
según afirma el de casa,
contó lo propio y lo ajeno.
¡Y qué dijo?
- ANA. En realidad,
mucho y nada. (¡Cómo miento!)
- PETRA. ¡Por Dios, no me martirices!
Le dijo que, en su concepto,
debió su amo haberse visto
en un compromiso serio
hace días, pues volvió
á su casa como un trueno.
Que él sabe muy poco ó nada:
solo que en aquel momento
le mandó buscar el amo
las pistolás...
- ANA. (Alarmada.) ¡Dios eterno!
- PETRA. Pero que al día siguiente...
- ANA. ¡Habla! (Con inquietud.)
- PETRA. Le mandó de nuevo
guardarlas... ¡Este es un dato
que... (¡Si fuera verdadero!)
No basta... (Con desconfianza.)
Pues el muchacho
(Queriendo tranquilizarla.)
asegura...—yo no entiendo
ni una jota,—que esto indica
por lo menos un arreglo.
¡Ya vé usted, hace tres días!...
- ANA. ¡Ay, necesito creerlo
para no morir de angustia!
- PETRA. (¡Dios no me tome este enredo
en cuenta! Bastante llora
la infeliz sin que aumentemos...
¡Ah! se me olvidaba. Al dar
la vuelta Ramon, no lejos
de su casa, á don Felipe
se encontró...
- ANA. ¿Qué estás diciendo?

- PETRA. Segun dice iba tranquilo...
(¡Mentira! ¡Ilevaba un gesto!...)
Y le detuvo—¡Qué cosas
pasan!—Y con mucho empeño
le preguntó per ustedes.
¡Si yo estoy en el pellejo
de Ramon!...
- ANA. (Con ansiedad.) ¿Si? Cuenta, cuenta...
- PETRA. Ramon, sin pensar en ello,
dijo que estaba usted mala...
¡Oh! si tiene algo en el pecho
debe sentir...
- ANA. (Animándose.) Y él entonces...
- PETRA. Se quedó como suspenso;
Preguntó si todavia
el señor no habia vuelto...
Estuvo un rato indeciso,
y luego, haciendo un esfuerzo,
se marchó sin despedirse
siquiera...
- ANA. (Interrumpiéndola.)
¿Vendrá? ¡Ay! ¡No quiero
pensarlo! Son ilusiones
de mi corazon enfermo.
¿Qué naufrago no se agarra
á una tabla?
- PETRA. (Desconfiando.) ¡Es tan perverso!...
Pero ¿quién sabe?...
- ANA. (Con desaliento.) ¡Esperanzas
vanas! ¡Engañosos sueños!
No será poco si logro
la dulce paz que apetezco
en la soledad del claustro,
adonde morir deseo.
- PETRA. ¡Oh, calle usted! Si supiera
don Andrés...
- ANA. ¡Yo le avergüenzo
con mi presencia!... Conozco
que perdí todo su afecto.
¡Ya lo ves! ¡no quiere verme
ni oirme! Desde el funesto
dia en que faltó ese ingrato

á la fé de caballero;
desde aquel terrible instante,
esta casa es un desierto
para mí!

PETRA. (Quejosa.) ¿Tan poco valgo
yo?

ANA. (Con cariño.) No te ofendas por eso.
Es mi padre... ¡y me queria
tanto!... tanto!

PETRA. (Qué tormento!)

ANA. ¡Vivir sin verme y sin verle!

¡Estar bajo el mismo techo
completamente alejados!...

¡Oh! yo no puedo, no puedo
acostumbrarme á esta vida
de frialdad y silencio!

¡Amárgame el pan que como,
es hiel el agua que bebo!...

¡Ay, Dios! ¡hasta me parece

PETRA. ¡Vamos, esto no se puede
sufrir!...

ANA. (Acongojada.) ¡Solamente temo
por mi hijo!... ¡Si se apiadara
de ese desdichado huérfano
mi padre!... Debo estar loca
cuando tales cosas pienso!
¡Pero si no tiene amparo
en el mundo!...

PETRA. (Conmovida.) Yo me ofrezco...

ANA. ¡Eres buena!... ¡El inocente
crecerá lejos, muy lejos
del cariño maternal!...
¡Este negro pensamiento
me quita el valor!...

PETRA. (Procurando consolarla.) Ya es fuerza
que usted...

ANA. (Con desesperacion.) ¡No ves lo que pierdo?

¡Ay, Petra! ¡soy tan culpable!...

¡Que nunca sepa el secreto
de su nacimiento!... ¡nunca!

¡No me aborrezca al saberlo!

Mira: cuando los pesares
me acaben, que será presto,
como una memoria mia
cuélgale esta cruz al cuello.
(Sacándola del joyero y besándola con delirio.)
Jamás la aparte de sí...
¿Estás, Petra?

PETRA. (Llorando.) Lo prometo.

ANA. ¿Y cómo podre pagarte...

PETRA. Con... ¡un abrazo!

ANA. ¡Con ciento!

(Estrechándola contra su corazón.)

ESCENA III.

DICHAS, FELIPE, que aparece en la puerta del foro, inquieto y deseneajado.

FELIPE. Señora...

ANA. ¡Ay, Dios! (Asustada.)

FELIPE. No me extraña

ese temor: lo comprendo.

Y yo...

ANA. No sé cómo tiene

usted el atrevimiento

de llegar aquí.

FELIPE. Es verdad.

Mas cuando á tanto me atrevo,

juzgue usted si habrá motivo.

ANA. A explicármelo no acierto.

PETRA. (La tentacion pudo mas

y acudió por fin... me alegro.)

FELIPE. Señora, cálmese usted,

y observe que cuando vengo

como un ladron, á escondidas,

adonde tuve el derecho

de venir de otra manera,

habrá razones de peso

que me obliguen...

ANA. ¡No hay ninguna!

FELIPE. Si las hay, y estoy resuelto,
hasta que usted no me escuche,

- ANA. á no abandonar el puesto.
¡Esto mas!
- FELIPE. Si usted sospecha
que faltando á lo que debo,
vengo á insultar su dolor,
se equivoca usted, no es eso.
- ANA. ¿Es curiosidad! (Con amargura.)
- FELIPE. Tampoco.
Es, señora, que he dispuesto
un viaje... quizás largo...
quizá mas que largo, eterno.
- ANA. ¡Oh!
- FELIPE. Son cosas de la vida.
Y antes de partir, anhelo
no dejar cuentas pendientes
con mi conciencia.
- ANA. (¿Qué es esto!)
- FELIPE. Seré breve...
- ANA. (Á Petra.) (Ten cuidado
por Dios!)
- PETRA. (Marchándose.) (¡Estaré en acecho!)

ESCENA IV.

ANA, FELIPE.

- FELIPE. Señora, no vengo aquí
ni el momento es oportuno,
á evocar recuerdo alguno
que la hiera á usted ó á mí.
Conozco que mi presencia
con razon la ha sorprendido.
Mas ¿qué importa, si he cumplido
con un deber de conciencia?
Usted me perdonará
si alguna expresion profiero...
si acaso...
- ANA. (Con altanería.) Usted, caballero,
no puede ofenderme ya.
Merezco muy poco... ¡Nada!
Lo sé! ¿Qué puede valer
en el mundo una mujer
seducida, abandonada?

Abuse usted cuanto quiera
de mi dolor: me resigno...
porque no le creo digno
de mi desprecio siquiera!

FELIPE. ¡Ana!...

ANA. (¡Valor, corazón!)

FELIPE. Mas sin causa me incomodo.

(Conteniéndose.)

Concibo despues de todo
esa viva indignacion.

Siento que usted me desprecie;

¿para qué lo he de ocultar?

Pero yo no debo entrar
en cuestiones de esta especie.

Dios nos juzgará á los dos,

Dios, que nunca se equivoca.

ANA. ¡Qué audacia! ¡Y usted invoca

el santo nombre de Dios!

¡Oh, grandes son sus bondades

cuando consiente que el hombre,

tan torpes iniquidades!

¡El la verdad, él la luz!

¿Hay mas fiera hipocresia?

¡Esto es peor todavia

que clavarle en una cruz!

FELIPE. Señora... (¡Estoy conmovido!)

Si quiere usted que me aleje,

es menester que me deje

decir á lo que he venido.

Yo no puedo prolongar

una escena que me exalta.

¡No, no puedo! ¡Aqui me falta

aire para respirar!

De mí mismo desconfío...

ANA. (Con severa tranquilidad.)

Bien: hable usted...

FELIPE. (Turbado.) Hay un ser

que no debe responder

del crimen nuestro... ¡Del mio!

(Observando un movimiento de indignacion en Ana.)

—No renovaré la herida.

- Yo voy á partir... ¡quizás para no volver jamás!... para no verle en la vida! No lo tome usted á agravio... Es mi hijo: velar me toca por él... Mi fortuna es poca, pero... (Cortado.)
- ANA. (Con orgullo.) ¡Selle usted el labio! Usted olvida de hijo lo que á sí mismo se debe.
- FELIPE. Me extraña mucho... (Confuso.)
- ANA. ¡Y se atreve á ofrecer limosna á su hijo! No puede ser caballero quien tal diga, quien tal haga. ¿Usted piensa que le paga honra y nombre con dinero?
- FELIPE. Yo no...
- ANA. ¡Compasion cruel! ¡Es infeliz, no es mendigo! ¡Su madre le dará abrigo y sabrá llorar con él! Su madre, que con profundo cariño le guardará: que por él arrostrará hasta las burlas del mundo!
- FELIPE. No condene usted mi intento. ¿Quién sabe? tal vez mañana... (Avergonzado.)
- ANA. ¡Y cabe en cabeza humana (Con profunda agitacion.) tan infame pensamiento! ¡Oh! ¡mi orgullo se despierta!... —Si yo no sé cómo exprese mi desprecio!— Aunque tuviese que pedir de puerta en puerta; aunque en solitario afan su amargo pan mendigara, siendo honrado, rechazara de manos de usted el pan! ¡Él con desden soberano la limosna arrojaría! ¡Oh, si, si! Le quemaría!

FELIPE. el corazon y la mano! Quizás si llega á saber

ANA. No añaada usted el insulto á su inicuo proceder.

FELIPE. ¿Para hacerme tal ultraje y poder dar este paso, ha fingido usted acaso la fábula del viaje?

FELIPE. Respete usted mi quebranto, Si usted me presta atención, probaré...

ANA. Ya es un baldon (Marchándose desdeñosamente) haberle escuchado tanto!

ESCENA V.

FELIPE solo.

¿Qué es esto! Estoy á la vez asombrado y conmovido!... ¡Un corazon pervertido no tiene tanta altivez! Su lenguaje austero y rudo me ha trastornado de suerte. — ¡Mañana me bato á muerte! (Como volviendo en sí.) por esa mujer, y dudo? Su perfidia es manifiesta, mi desengaño es amargo, estoy cierto... ¡Y sin embargo, cuánto el dejarla me cuesta! Tengo miedo de mí mismo; no sé qué pensar ni hacer. Quiero huir de esa mujer, y me atrae como el abismo. En otro tiempo, recuerdo que la amaba menos, ¿Se habrá despertado en mí este amor porque le pierdo? ¡Tal vez mi hijo!... ¡Qué sé yo! ¡Vamos, soy un insensato!

Y ese Juan... ¡Si no le mato (Fuera de sí.)
no hay justicia... no la hay, no!

ESCENA VI.

FELIPE, PETRA, azorada.

PETRA. ¡Ay, Jesús!

FELIPE. ¿Qué es eso?

PETRA. ¡Estamos
perdidos!

FELIPE. ¿Por qué te alteras?

PETRA. ¿Qué pasa?... ¡El amo y don Juan

están hablando en la puerta
con Ramon!...

FELIPE. ¡Don Juan!...

(Con reconcentrado furor.) ¡Ese hombre
me persigue!...

PETRA. Si le encuentran

á usted...

FELIPE. (Sin oírlo.) ¿Qué querrá!...

PETRA. Ya vienen,

¿y está usted con esa flema?

¿Se ha propuesto usted perdernos!...

¡Maldito el instante sea

en que usted vino á esta casa

para ser la ruina de ella!

Venga usted aquí...

(Atrayéndole hácia la segunda puerta izquierda.)

FELIPE. ¡Y dudaba

(Preocupado y sin dar un paso.)

todavía!...

PETRA. ¡Ya se acercan!... (Empujándole.)

¡Oigo sus pasos!...

FELIPE. ¡No quiero!

(Desasíendose con ira.)

PETRA. ¡Oh, por favor! ¡No nos pierda

usted!... ¡Pronto! (Asustada.)

FELIPE. Dices bien. (Recapacitando.)

¡Soy un necio! Vamos, Petra,

(Querrá hablarla... podrá oír...)

¡Dios de su mano me tenga!

ESCENA VII.

PETRA, aun no repuesta, D. ANDRÉS y JUAN.

PETRA. ¡Ay! (Al verlos entrar.)

ANDRÉS. ¿Qué haces aquí? (Con desconfianza.)

PETRA. ¿Yo?... nada.

(¡Jesus, estoy medio muerta!

¿Le descubrirán?) Si usted

alguna cosa me ordena...

ANDRÉS. No; puedes marcharte.

PETRA. (Temo

(Mirando hácia la puerta por donde se ocultó Felipe.)

que cometa una imprudencia.)

ANDRÉS. ¿No me oyes? (Viendo que no se mueve.)

PETRA. Voy en seguida... (Asustada.)

si, señor... (Dios me dé fuerzas!)

ESCENA VIII.

D. ANDRÉS, JUAN.

ANDRÉS. ¡Ay, Juan! ¡soy muy desdichado!

Necesitaba de veras

volvete á ver. ¡Si supieras

con cuánto afán te he buscado!

Aquí, lejos de la gente,

donde ningun indiscreto

sorprenda nuestro secreto,

podré hablarte libremente.

JUAN. ¿Y qué quiere usted de mí?

ANDRÉS. Lo que es menester que alcance.

Necesito que ese lance

no se lleve á cabo.

JUAN. ¡Oh, sí! (Con resolucion.)

ANDRÉS. Es que ese hombre no merece

tanto honor... (Animándose por grados.)

JUAN. Usted olvida

mi decoro...

ANDRÉS. ¡Es que su vida

- á mi solo pertenece!
- JUAN. Sé muy bien cuál es mi puesto,
y cumpliré mi deber.
- ANDRES. ¡Es que no te quiero ver (Desesperado.)
á tanto peligro expuesto!
- JUAN. ¿Y qué importa? ¿Qué soy yo?
(Con amargura.)
¡En una tumba se encierra
cuanto bien tuve en la tierra!...
¡cuanto en el mundo me amó!
¿Para qué vivir? No hay hombre
mas solo, mas desvalido.
Todo á un tiempo lo he perdido,
madre, porvenir y nombre!
- ANDRES. ¡Oh! ¡me asesina!
- JUAN. ¡Es mejor
que en este rudo combate
contraria bala me mate,
si ha de matarme el dolor!
- ANDRES. Bien está. Nada te exijo;
(Con penoso desaliento.)
conozco el daño que he hecho.
Sé que he perdido el derecho
de poder llamarte hijo.
Es cierto: mal procedí.
¡Hoy mi expiacion comienza!
¡Ya lo ves!... Tengo vergüenza...
tengo vergüenza de tí!
- JUAN. ¡No tal!... (Con disgusto.)
- ANDRES. Mira, cuando intento
mi deshonra lamentar,
se mezcla á la del pesar
la voz del remordimiento.
Y es que Dios para conmigo
es recto y severo juez,
confundiéndome á la vez
con mi culpa y mi castigo.
Mas si te inspira piedad
la pena que me enloquece;
si algun respeto merece
mi postrada ancianidad,
no me hagas mas desgraciado,

no abrumes mas mi conciencia,
exponiendo tu existencia
por mí... que te he abandonado!
¡No me humilles mas!...

JUAN. (Conmovido.) Ya es tarde.

Seríamos, si cediera,
ante ese hombre que me espera,
Ana infiel, y yo cobarde.
Pídame usted cuanto pueda
darle en tan triste ocasion.
¡Pero mi reputacion!...
¡el solo bien que me queda!...
¡No, jamás!

ANDRES. ¡Cómo ha de ser!

(Con angustiosa resignacion.)
Este cáliz que me ofreces
apuraré hasta las heces,
Dios mio, si es menester!
Nada soy y nada puedo
contra ese ser infinito
que en mi misma frente ha escrito
su maldicion con el dedo.
Lucha, pues es necesario:
nada importa que yo pene,
que tambien la culpa tiene,
cual la virtud, su calvario.
Van por sendas desiguales
ambas la cumbre subiendo...
¡Cristo lo enseñó, muriendo
entre terpes criminales!

(Cae abrumado en un sillón.)

JUAN. (Conmovido.)

No hablemos sobre esto, ya
que á los dos nos mortifica.

ANDRES. ¡Ay! (Sollozando.)

JUAN. Si el dolor purifica (Con ternura.)

padre mio, usted lo está!
El martirio ata unos lazos
que rompió injusto recelo.
Ella... nos vé desde el cielo,
(Con cariñosa emocion.)
y yo... ¡tiendo á usted mis brazos!

ANDRES. ¡Hijo del alma!... ¡Qué suerte
(Abrazándole con efusión.)
es la tuya á mí debida!
Á traicion te di la vida
y quizás te dé la muerte!
¡En qué tremenda ocasion
recobro tu amor!... ¿No es cierto?
¡Estas lágrimas que vierto
me abrasan el corazon!

JUAN. ¡Ya basta!—Quiero saber (Acongojado.)
qué hace esa infeliz.

ANDRES. ¿Quién? ¿Ana? (Airado.)
¡No la nombres!...

JUAN. Es mi hermana,
y sufre!... la debo ver!

ANDRES. ¡No exijas eso!

JUAN. Quizás
será por la vez postrera!...

ANDRES. ¡Oh, calla! ¡Dios no lo quiera!
(Aterrorizado.)

JUAN. ¿Consiente usted?...

ANDRES. ¡La verás!
(Haciendo un esfuerzo y tirando del llavador con violencia.)

JUAN. (Con ningun auxilio cuenta
y tal vez me necesita.)

ESCENA IX.

DICHOS, PETRA, (Entrando con recelo.)

PETRA. ¿Mande usted?

ANDRES. La señorita...

PETRA. (¡Virgen del Cármen! ¿qué intenta?...
¡Y el otro oyendo!...)

(Alarmada. Se aleja manifestando la mayor inquietud.)

ESCENA X.

D. ANDRÉS, JUAN.

ANDRES. Dí, Juan, (Inquieto.)

- JUAN. ¿tiras bien? ¿tiras primero?
Yo no me he enterado; pero (Con embarazo.)
los padrinos me dirán...
ANDRES. No tengas lástima, no!
¡Él es un cuerpo sin alma!
¡Vales mucho mas!... ¡Tén calma!
¡Mira que te aguardo yo!
JUAN. (¡Desdichado!) (Lleno de emoción)

ESCENA XI.

- DICHOS, ANA, temerosa y afligida.
ANA. ¿Usted me llama?
No esperaba este favor.
¡Temí que usted no quisiera
volverme á ver!
ANDRES. Tanto instó (Indeciso.)
don Juan!...
ANA. ¡Gracias! Esto mas
deberé á su intercesión.
Disimule usted, amigo,
los disgustos que le doy.
¡Mi zozobra ha sido tanta!...
Porque ya todo acabó (Con ansiedad.)
pacíficamente, es cierto?
JUAN. Sí, todo.
ANA. ¡Gracias á Dios!
ANDRES. Pero... (Resuelto á descubrir la verdad.)
JUAN. ¡No acreciente usted (Deteniéndolo.)
su honda desesperacion!
ANA. ¡Bien haya usted que disipa
mis negros recelos!
JUAN. Hoy...
Ya no conviene hablar de esto.
¡Ana, tenga usted valor! (Ap. á ella.)
ANA. ¡Valor! ¿No vé usted su rostro
airado; su indignacion
muda; pero intensa? ¿Puedo
acaso tenerlo yo?
Repare usted... ¡Ni me mira
siquiera!

- JUAN. Tanto rigor
(Aproximándose á D. Andrés, que durante este diálogo permanecerá abismado y sombrío.)
no es generoso. Usted sabe
que es digna de compasion!
Cuando el hombre dice al cielo
contrito: *Perdónanos*
nuestras deudas, Dios le manda
que perdone á su deudor,
¿no es cierto?
- ANDRES. Tanto me ha herido ..
(Vacilante.)
- JUAN. ¡Pero es hija!
- ANDRES. Ella olvidó
sus deberes...
- JUAN. ¡Pues por eso
solicita su perdon!
¡Vamos!...
- ANDRES. ¡Hija de mi vida!
(Corriendo hácia Ana y abrazándola.)
- ANA. ¡Padre!...—¡Qué culpable soy!
(Llorando en los brazos de D. Andrés.)
- ANDRES. ¡Con qué amargo desconsuelo
te estrecho en mis brazos!...
- ANA. ¡Oh!
- ANDRES. ¡Ayer tantas ilusiones
hoy agostadas en flor!
- JUAN. (¡Ya puedo morir, Dios mio!)
(Profundamente afectado.)
- ANA. Ya anhelo correr en pos
de la dulce paz que ofrece
nuestra santa religion.
Quiero ocultar en un claústro
mi pecado y mi rubor,
pues la vergüenza me sigue
por donde quiera que voy.
- ANDRES. ¡Separarte de mi lado!
No te lo consiento, no.
- ANA. Es preciso.
- ANDRES. Ese es un sueño.
No nos faltará un rincon
donde llorar nuestra pena,

lejos del mundo traidor.

¿Quién sostendrá, si me dejas,
mi triste vejez?

ANA. ¿Quién? Dios.

Yo en mi solitaria celda
elevatoré mi oracion
por usted, y... ¡por mi hijo,
que en tan mal hora nació!

¿Quién protegerá sus pasos,

(Implorando con el ademán la commiseracion de Don
Andrés.)
quién?... quién?

ANDRES. ¡Eso es superior (Agitado.)
á mis fuerzas!...

ANA. ¡Él no tiene (Insistiendo.)
la culpa!...

ANDRES. Fuera un baldon!

¡Yo aceptar mi propia afrenta
ante el mundo que me honró!

Afrenta que me recuerde
mi hija perdida, mi honor
desgarrado!... ¡Es imposible!

ANA. ¡Ay! ¡mi esperanza murió!
(Desalentada y cayendo desfallecida en un sillón.)

JUAN. Pues yo se lo ruego á usted (Adelantándose.)
por quien es... y por quien soy.

ANDRES. ¡Tú!... (Confuso y agitado.)

JUAN. Supongamos—y es esto,

solo una suposicion,—

que usted comete una falta

lamentable... ¡Usted ó yo!

Que escuchando solamente

de las pasiones la voz,

á una cándida doncella

fingimos eterno amor.

Que no resiste á las artes

de tan tenaz seduccion

y manchamos su inocencia

y su virginal candor.

Y llegá á ser madre, y cuando

es mas grande su afliccion.

ANDRES. (¿Qué vas á decir?) (Amedrentado.)

- JUAN. Rompemos
el lazo que nos unió.
Y abandonamos al hijo
y á la madre!...
- ANDRES. ¡Esto es atroz! (Desesperado.)
- JUAN. Ejemplo no mas, no debe
darse otra interpretacion. —
Supongamos que en su triste
aislamiento aterrador,
el hogar de la familia
se cierra para los dos.
Que hijo y madre sin fortuna,
sin mas que la proteccion
de ese Ser que nunca olvida
ni al justo ni al pecador,
mendigan de calle en calle
su pan, con frio y con sol,
y crece el niño entre el fango,
la miseria y la abyeccion!
- ANDRES. ¡Juan!... (Con amargura.)
- JUAN. ¿Puede haber mayor pena
para la familia?... ¡No!
Y su vergüenza merece
si sigue en su obstinacion!
- ANA. ¡Oh! Lloro... (Mirando á D. Andrés)
- JUAN. En tanto nosotros!.
Mejor dicho, el seductor
se casa, es rico y obtiene
la pública estimacion.
Alcanza cuanto desea,
¡aun la dicha! si es que Dios
concede al alma culpable
la santa paz interior.
- ANDRES. ¡Nunca! (Desalentado.)
- ANA. ¡Nunca! (Con desesperacion.)
- JUAN. ¡Ya lo sé!
Seguro, seguro estoy
de que lleva su delito
enroscado al corazon.
Que tiene familia, y esta
consoladora afeccion,
se convertirá para él

en sangriento torcedor.
Le recordarán sus hijos
legítimos, los que dió
á la sociedad, sin nombre,
sin honra, sin posicion...
Y si algun dia le cercan,
de humilde limosna en pos,
los pobres desamparados
que en tanto número son,
antes de tender la mano
para aliviar su dolor,
de fijo algun pensamiento
cruza su mente, veloz.
—¡Dios mio!—dirá,—¿quién sabe
si entre estos á quienes doy
las migajas de mi mesa
estará mi hijo?...

ANA.

¡Qué horror!

JUAN.

¿Verdad que si?—Y donde quiera
que la humana corrupcion
observe; entre esas mujeres
que el abandono perdió;
entre esos seres malvados
de instinto horrible y feroz;
en presidio; hasta en el mismo
patíbulo vengador,
¡allí puede estar tu hijo!—
le dirá la altiva voz
de su conciencia espantada,
si es que tiene corazon!

ANDRES.

¡Basta... basta! (Fuera de sí.)

JUAN.

¡Usted no debe

compartir tanto terror
con el padre de esa triste
criatura!

ANDRES.

¡No, no, no!

JUAN.

¡Ademas, justo es que sea (A p. con dulzura.)
completa la expiacion!

ANDRES.

¡En mí encontrará su amparo!

ANA.

¡Gracias! (Fuertemente impresionada.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y FELIPE.

Al ir Ana á arrojarle á los pies de D. Andrés, aparece Felipe como dominado por un violento afecto. D. Andrés airado. Ana consternada. Juan mudo de asombro.

FELIPE. ¡Le reclamo yo! (Con voz trémula.)

ANDRES. ¡Este hombre aquí!... ¿Y no se sácia su crueldad?...

JUAN. (¡Y habrá oído!...) (Confuso.)

FELIPE. Vengo humilde, arrepentido á solicitar su gracia.

ANDRES. (Señalando con desprecio á Ana.)

¡Aqui, en casa!...

FELIPE. ¡Enojo vano!

No la riña usted así.

No sé...—¡mucho te ofendí!—

si soy digno de tu mano.

Mas mis ruegos te dirijo, que es honda la angustia mia.

¡No quiero que llegue un dia en que me avergüence mi hijo!

Vencido estoy, el acento de la verdad ha triunfado.

¡Y gracias á tí me ha dado (Á Juan.)

pavor el remordimiento!

ANA. ¡Felipe!... (Con alegría.)

FELIPE. Ya mi perdon

leo en tus ojos!...

ANA. ¡Bien dices!

(Tendiéndola llena de gozo la mano.)

ANDRES. ¡Ay! Dios os haga felices,

(Atrayéndolos hácia sí.)

hijos de mi corazon!

Y usted también... (No me atrevo.

(Á Juan.)

¡y le quisiera abrazar!)

ANA. ¡Por qué no participar

(Dirigiéndose á Juan, que está en actitud meditabun.)

- da y triste.)
de la dicha que le debo?
- JUAN. Nada soy...
- FELIPE. ¡Venga esa mano!
(Carñosamente.)
Y pronto... ¡no estés remiso!
(Le empuja hácia D. Andrés, en cuyos brazos cae llorando.)
- ANDRES. ¡Dios os bendiga!--Es preciso
que le ameis... ¡como á un hermano!
- JUAN. Siempre encontrará en los dos
el afecto merecido.
(Ana y Felipe se acercan á Juan con interés.)
- ANDRES. ¿A tiempo has reconocido (A Felipe.)
tus yerros... ¡Gracias á Dios!
Así vivirás en calma,
sin verte al dolor expuesto
¡Muchos que olvidaron esto,
(Con recncntrada amargura.)
llevan la hiel en el alma!

FIN DEL DRAMA.

*Habiendo examinado este drama, no hallo
inconveniente en que su representacion sea auto-
rizada.*

Madrid 7 de Diciembre de 1862.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

1870
1871
1872
1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900

1870
1871
1872
1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900

1870
1871
1872
1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900

1901
1902
1903
1904
1905
1906
1907
1908
1909
1910
1911
1912
1913
1914
1915
1916
1917
1918
1919
1920
1921
1922
1923
1924
1925
1926
1927
1928
1929
1930

1901
1902
1903
1904
1905
1906
1907
1908
1909
1910
1911
1912
1913
1914
1915
1916
1917
1918
1919
1920
1921
1922
1923
1924
1925
1926
1927
1928
1929
1930

1901
1902
1903
1904
1905
1906
1907
1908
1909
1910
1911
1912
1913
1914
1915
1916
1917
1918
1919
1920
1921
1922
1923
1924
1925
1926
1927
1928
1929
1930

Marta y María.
Madrid en 1818.
Madridá vista de pájaro.
Miel sobre hojuelas.
Mártires de Polonia.
¡¡María! ó la Emparedada.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce

Olimpia.
Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardín.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.

¡Que convido al Coronell.
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mía!
¡Quién es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imagen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid*).
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sohresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, infanoso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuración femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huésped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemarropa
¡Un Tibero!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitivicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de corte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Un poeta y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.
Ver y no ver.
Zamarrilla, ó los bandidos de la serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
A cual mas feo.

Claverina la Gitana.
Cupido y Marte.
Ceño y Flora.

D. Sisenando.
Doña Mariquita.
Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.

El Bachiller.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El calesero y la maja.
El perro del hortelano.
En Ceuta y en Marruecos.
El leon en la ratonera.
El último mono.
Enredos de carnaval.
El delirio (drama lirico.)
El Postillon de la Rioja (*Música*)
El Vizconde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitán español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música*)
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música*)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estatua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la corte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera (*Música*)
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música*).

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lucena	Cabeza.
Albacete.....	Perez.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Alcoy.....	Martí.	Mahon.....	Vinent.
Algeciras.....	Almenara.	Málaga.....	Taboadela.
Alicante.....	Ibarra.	Idem.....	Moya.
Almería.....	Alvarez.	Mataró.....	Clavel.
Avila.....	Lopez.	Murcia.....	Hered.de Andrion
Badajoz.....	Ordoñez.	Orense.....	Robles.
Barcelona.....	Sucesor de Mayol.	Orihuela.....	Berruezo.
Idem.....	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Bejar.....	Coron.	Oviedo.....	Martinez.
Bilbao.....	Astuy.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Burgos.....	Hervias	Palma.....	Gelabert.
Cáceres.....	Valiente.	Pamplona.....	Barrena.
Cádiz.....	Verdugo Morillas	Pontevedra.....	Verea y Vila.
	y compañía.	Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Reus.....	Prius.
Castellon.....	Perales.	Ronda.....	Gutierrez.
Ceuta.....	Molina.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Re l.....	Arellano.	San Fernando...	Martinez.
Ciudad-Rodrigo..	Tejeda.	Sanlúcar.....	Esper.
Córdoba.....	Lozano.	Sta. C. de Tenerife	Power.
Coruña.....	Lago.	Santander.....	Hernandez.
Cuenca.....	Mariana.	Santiago.....	Escribano.
Écija.....	Giuli.	San Sebastian...	Garralda.
Ferrol.....	Taxonera.	Segorbe.....	Mengol.
Figueras.....	Bosch.	Segovia.....	Salcedo.
Gerona.....	Dorca.	Sevilla.....	Alvarez y comp.
Gijon.....	Crespo y Cruz.	Soria.....	Rioja.
Granada.....	Zamora.	Talavera.....	Castro.
Guadalajara.....	Oñana.	Tarragona.....	Font.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Teruel.....	Baquedano.
Haro.....	Quintana.	Toledo.....	Hernandez.
Huelva.....	Osorno.	Toro.....	Tejedor.
Huesca.....	Guillen.	Valencia.....	Mariana y Sa
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valladolid.....	H. de Rodrig
Jaen.....	Idalgo.	Vigo.....	Fernandez Di
Jerez.....	Alvarez.	Villan. ^a y Geltrú.	Creus.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Vitoria.....	Illana.
Lérída.....	Sol.	Ubeda.....	Bengoá.
Logroño.....	Verdejo.	Zamora.....	Fuertes.
Lorca.....	Gomez.	Zaragoza.....	Lac.